
UNA MADRE
EJEMPLAR
MANUEL VIDAL PERULLAS

UNA
MADRE
EJEMPLAR

MANUEL VIDAL PERULLAS

© Manuel Vidal Perullas, 2026

Todos los derechos reservados.

Una madre ejemplar es una novela cuya trama y personajes son imaginarios, y por tanto cualquier relación con personas, instituciones o hechos reales debe considerarse accidental. Todo aquí es ficticio, excepto los lugares geográficos en donde transcurre la acción.

A Rita, sin ella nada de esto hubiera sido posible.

ARGENTINA, 14 MESES ANTES

La madrugada en la clínica tenía un silencio extraño, un silencio que parecía impuesto. En el pasillo del tercer piso, las luces permanecían encendidas, pero con una intensidad baja, como si alguien hubiera decidido que la claridad completa era peligrosa.

Paula River estaba sola en la habitación 312.

Era una mujer joven, de unos veintipocos años, con el cabello castaño recogido en un moño improvisado y la piel pálida por el esfuerzo del parto. Tenía los ojos grandes, oscuros, de esos que parecen absorberlo todo, incluso aquello que nadie quiere que vea. Su cuerpo aún mostraba la fragilidad de las horas recientes: manos temblorosas, respiración irregular, un cansancio que no era solo físico.

Miraba la ventana.
No la vista.
La ventana.

Como si fuera una frontera.

Había dado a luz hacía poco, y la enfermera que la atendió se había marchado dejando una bandeja con agua y un par de pastillas que Paula no había tocado. No confiaba en nada que viniera de ese lugar.

Desde que había llegado a la clínica, sabía que su presencia era un problema. Había visto demasiado, había escuchado demasiado, había entendido demasiado. Y David lo sabía.

David Vilchez, director y socio en Argentina de Vega&Vilchez Asociados, con su traje impecable, su barba perfectamente recortada y esa sonrisa que nunca llegaba a los ojos. Alto, delgado, siempre oliendo a colonia cara. Tenía una forma de mirar que no era amable ni cruel: era calculadora. Paula lo había visto entrar en habitaciones donde nadie más entraba. Había oído su voz baja, sus órdenes disfrazadas de sugerencias. Y había visto cómo cambiaba su expresión cuando creía que nadie lo observaba.

Paula sabía que él no la quería allí.
No después de lo que había descubierto.

Se incorporó con esfuerzo. El camisón le quedaba grande, y la piel del abdomen aún estaba marcada por el embarazo. Caminó hasta la ventana, apoyó la mano en el cristal frío y cerró los ojos. No pensaba en huir. Pensaba en sobrevivir. Pero no sabía cómo.

Un ruido en el pasillo la hizo girarse. Pasos. Dos. Tres. Se detuvieron frente a su puerta. Paula contuvo la respiración. La manija se movió apenas, como si alguien comprobara que estaba cerrada.

No lo estaba.
Pero nadie entró.

Los pasos se alejaron.

Paula sintió un temblor en las piernas.
Sabía que no tenía tiempo.
Sabía que, si alguien quería silenciarla, ese era el momento.
Se acercó otra vez a la ventana. La abrió con manos temblorosas. El aire frío de la madrugada le golpeó el rostro. No pensaba saltar. No

quería hacerlo. Pero necesitaba que alguien la viera, que alguien supiera que algo estaba mal.

Se asomó.
Miró hacia abajo.
Tres pisos.
Un jardín pequeño.
Un guardia fumando en la entrada lateral.

—Ayuda… —susurró, sin fuerza.

El guardia no la oyó.

Paula dio un paso atrás.
Otro ruido detrás de la puerta.
Esta vez más claro.
Una voz baja.
Un murmullo.

Y entonces lo entendió.
No iban a dejarla hablar.
No iban a dejarla contar lo que sabía.

No iban a dejarla salir de esa habitación.

El miedo la envolvió como un golpe seco.

Y en ese instante, en ese único segundo de pánico absoluto, Paula retrocedió sin mirar, tropezó con la esquina de la cama y perdió el equilibrio.

De pronto la puerta se abrió y entraron dos enfermeros. La cogieron en volandas como si fueran a llevarla a la cama y…

La caída fue silenciosa.

Un movimiento torpe, involuntario, desesperado.

Un cuerpo que busca apoyo y no lo encuentra.

Un grito que no llega a salir.

El guardia fue el primero en verla.

Corrió hacia ella, alarmado, mientras la ventana del tercer piso

quedaba abierta, moviéndose con el viento.

En cuestión de minutos, el pasillo del tercer piso se llenó de voces, pasos, órdenes. La policía llegó poco después. Tomaron notas, hicieron fotos, hablaron con el personal.

La conclusión fue rápida.
Demasiado rápida.

Suicidio.
"Estado emocional alterado tras el parto."
"Desorientación."
"Posible depresión postparto."

David apareció más tarde, con gesto compungido, el traje perfecto, la barba impecable, la mirada cuidadosamente triste.

—Una tragedia —dijo—. Nadie podía haberlo previsto.

Nadie mencionó que había pedido hablar con alguien.
Nadie mencionó que había sido vista discutiendo con David días antes.
Nadie mencionó que su testimonio podía haber destruido su negocio.

La policía cerró la carpeta.
Caso concluido.

Pero en la habitación 312, la ventana seguía abierta.
Y el viento, al entrar, movía las cortinas como si intentara decir algo que nadie quería escuchar.

1

EN LA ACTUALIDAD

La clínica Vega&Vilchez Asociados en Barcelona brillaba incluso a primera hora de la mañana.
El mármol blanco del vestíbulo reflejaba la luz como si fuera agua, y las paredes de cristal dejaban ver un jardín interior diseñado para transmitir calma, éxito y dinero. Todo olía a lujo discreto: madera noble, flores frescas, silencio caro.

En la tercera planta, donde estaban los despachos de dirección, el ambiente era distinto. Más íntimo. Más controlado. Más Sandro.

Sandro Vega caminaba por el pasillo con la seguridad de quien sabe que el mundo gira un poco más deprisa cuando él entra en una habitación. Era un hombre alto, de hombros marcados y sonrisa fácil, con el cabello negro peinado hacia atrás y una barba perfectamente recortada que parecía diseñada para las fotografías de las revistas médicas donde solía aparecer. Sus ojos, de un marrón casi dorado, tenían ese brillo que mezclaba ambición y encanto, un brillo que había convencido a más de una paciente… y a más de una empleada.

Rita Rodríguez lo esperaba junto a la puerta de su despacho. Llevaba el uniforme de enfermera impecable, pero en ella parecía otra cosa: una declaración de orden y control. Era una mujer de unos treinta y pocos, de piel morena y mirada firme, con el cabello recogido en una coleta alta que dejaba ver la línea elegante de su cuello. Tenía una belleza tranquila, de esas que no necesitan anunciarse.

Cuando Sandro la vio, sonrió con ese gesto que solo le dedicaba a ella.

—Llegas temprano —dijo él, bajando la voz.

—Alguien tiene que mantener esto funcionando —respondió Rita, con una media sonrisa que no llegaba a ser sumisa ni desafiante. Solo cómplice.

Sandro abrió la puerta de su despacho y la dejó pasar primero. El despacho era un santuario de éxito: estanterías de nogal, diplomas enmarcados, una mesa de diseño italiano y una ventana enorme que daba a la ciudad. Todo estaba colocado con precisión quirúrgica.

Rita dejó una carpeta sobre la mesa.

—Los informes de las pacientes de hoy —dijo—. Y la reunión con el comité ético es a las doce.

Sandro cerró la puerta con suavidad.
El clic del pestillo sonó más fuerte de lo que debería.

—¿Y tú? —preguntó él, acercándose—. ¿Cómo estás hoy?

Rita lo miró un segundo, ese segundo que solo existe entre dos personas que comparten un secreto.

—Bien —respondió—. Aunque… no sé si debería estar aquí tan temprano.

—Claro que deberías —dijo Sandro, colocándose detrás de ella, demasiado cerca—. Me gusta empezar el día contigo.

Ella respiró hondo.
No se apartó.

El despacho quedó en silencio.
Un silencio lleno de cosas que no se dicen en los pasillos, ni en los informes, ni en las reuniones con inversores.

Rita apoyó una mano en la mesa, como si necesitara un punto de equilibrio. Se besaron con pasión. Fue un beso robado, con el sabor agridulce de la traición y la excitación de lo prohibido, el miedo a ser descubiertos, y una atracción tan fuerte que los hacía temblar. Sus lenguas se entrelazaron con desesperación, y el tiempo parecía haberse detenido.

—Sandro… —murmuró apartándose ligeramente.

Él le desabrochó la bata blanca del uniforme. No llevaba nada debajo. La tomó suavemente por la cintura, con la familiaridad de quien ya lo ha hecho muchas veces, y la depositó encima de su mesa.
No había prisa.
No había duda.
Solo esa tensión eléctrica que siempre surgía cuando estaban solos.

Ella empezó a desabrocharle el pantalón. La excitación de Sandro era evidente. Rita se ofreció abriendo las piernas… y él la penetró.

La ciudad seguía ahí afuera, brillante y ordenada.
La clínica seguía funcionando, perfecta y silenciosa.

Pero en ese despacho, detrás de una puerta cerrada, había otra historia:
una historia que no aparecía en los folletos, ni en las ruedas de prensa, ni en los discursos sobre ética y excelencia.

Una historia que podía destruirlos a ambos.

La casa de los Vega-Palacios en la calle Pau Alcover parecía más un refugio de diseño que una vivienda familiar. Fachada blanca, líneas rectas, ventanales amplios que dejaban entrar la luz como si fuera un invitado más. El jardín delantero estaba cuidado con una precisión casi quirúrgica: setos recortados, flores de temporada, una fuente mínima que murmuraba agua con discreción.

Claudia Palacios salió por la puerta principal empujando el cochecito de Telma.
La luz de la mañana le daba un brillo cálido a su piel clara. Era una mujer de belleza serena, de rasgos finos y elegantes, con el cabello rubio recogido en un moño bajo que dejaba ver su cuello largo y delicado. Vestía ropa cómoda, tonos neutros, ese estilo que parece sencillo pero que solo se consigue con dinero y buen gusto.

Telma dormía plácidamente dentro del cochecito.
Una niña preciosa, de mejillas redondas y respiración tranquila.
Una niña que había llegado al mundo gracias a la gestación subrogada en la clínica de su padre, porque Claudia —aunque lo había deseado con toda el alma— no podía gestar.

Claudia acarició la manta suave que cubría a su hija.

—Vamos, mi amor. Te va a sentar bien el sol —susurró.

El parque estaba a solo dos calles. Un espacio verde, limpio, con bancos de madera y árboles jóvenes que empezaban a florecer. Claudia eligió uno de los bancos más tranquilos, bajo un almendro. Se sentó, respiró hondo y dejó que el sol le calentara el rostro. Era uno de los pocos momentos del día en los que podía relajarse sin pensar en citas, compromisos o en la imagen pública de su marido.

Sandro siempre decía que ella debía cuidarse, que la maternidad —aunque no hubiera sido biológica— le sentaba bien.
Claudia sonrió al recordarlo.
A veces, solo a veces, deseaba que él estuviera más presente.

Cerró los ojos un instante.
El aire olía a hierba recién cortada.

No oyó los pasos.
No oyó nada.

Solo sintió un movimiento detrás de ella, una sombra que se acercaba demasiado. Antes de poder girarse, una mano enguantada le cubrió la boca con un paño húmedo. Un olor químico, penetrante, le invadió la nariz. Claudia intentó levantarse, pero las piernas no respondieron. El mundo se volvió blando, borroso, como si alguien hubiera apagado la luz desde dentro.

El cochecito de Telma estaba a menos de un metro.
Claudia intentó estirar la mano hacia él.
No llegó.

El encapuchado actuó con precisión.
Tomó a la niña con cuidado, casi con delicadeza, y la colocó contra su pecho.
El monovolumen negro esperaba en doble fila, motor encendido,

cristales tintados que no dejaban ver nada del interior. La puerta trasera se abrió desde dentro. El encapuchado subió a Telma y el vehículo se alejó sin hacer ruido, como si formara parte del paisaje.

Pasaron unos minutos antes de que Claudia recuperara la consciencia.
El sol seguía allí, cálido, indiferente.
El banco seguía allí.
El parque seguía allí.

Pero Telma no.

Claudia se incorporó de golpe, mareada, con el corazón golpeándole el pecho. Miró a su alrededor, al cochecito vacío, al camino, a la calle. No había rastro del monovolumen. No había rastro de nadie.

—¡Telma! —gritó, con la voz rota.

Sus manos temblaban mientras buscaba el móvil en el bolso.
Marcó el número de Sandro sin pensar.

—Sandro… —dijo cuando él respondió—. Se la han llevado.
Su voz se quebró.
—Se han llevado a Telma.

El silencio al otro lado de la línea fue breve, pero suficiente para que Claudia sintiera que el mundo se desmoronaba.

2

La casa de los Vega-Palacios, normalmente silenciosa y ordenada, estaba ahora llena de ecos: pasos apresurados, radios policiales, voces tensas. Dos coches patrulla ocupaban la entrada, y en el salón principal, los Mossos d'Esquadra desplegaban su protocolo con una precisión casi quirúrgica.

Pedro Durán fue el primero en entrar.
Tenía cuarenta y ocho años, complexión robusta, cabello entrecano y una expresión que parecía permanentemente cansada, aunque sus ojos oscuros no perdían detalle. Vestía de paisano, pero su porte dejaba claro que era policía incluso sin placa.

Detrás de él caminaba Silvia Gómez.
Treinta y nueve años, delgada, de movimientos rápidos y mirada afilada. Llevaba el cabello negro cortado muy corto, casi militar, y unos ojos verdes que parecían atravesar a la gente. Su presencia imponía sin necesidad de levantar la voz.

Claudia estaba sentada en el sofá, envuelta en una manta que una agente le había ofrecido. Temblaba. No de frío, sino de shock. Su rostro, normalmente impecable, estaba pálido, y el moño que había

llevado al parque se había deshecho parcialmente. Tenía los ojos hinchados de llorar.

Pedro se acercó con suavidad.

—Señora Palacios… ¿está en condiciones de hablar?

Claudia asintió, aunque su voz tardó unos segundos en salir.

—Sí… sí, por favor. Quiero ayudar.

Silvia tomó asiento frente a ella, cuaderno en mano.

—Vamos a hacerle algunas preguntas. Tómese su tiempo.

Claudia respiró hondo.
Sus manos seguían temblando.

—Estaba en el parque… —empezó—. Había sol. Telma dormía. Yo… yo estaba cansada, pero tranquila. No había nadie cerca. O eso creí.

Pedro anotó algo.

—¿Recuerda haber visto a alguien sospechoso?

—No. Nada. Solo… —Claudia cerró los ojos un instante—. Solo sentí una mano por detrás. Un paño. Un olor muy fuerte. Y luego… oscuridad.

Silvia inclinó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que despertó?

—No lo sé. Minutos, supongo. Cuando abrí los ojos… —la voz se le quebró— el cochecito estaba vacío.

Pedro la dejó respirar antes de continuar.

—¿Cree que alguien podría querer hacerles daño? ¿A usted o a su marido?

Claudia dudó.
Miró hacia la escalera, donde Sandro hablaba con un agente.

—Mi familia es… muy conocida. Y muy rica. Soy hija única. Podría ser un secuestro por dinero. Pero… —tragó saliva— también podría tener que ver con la actividad de Sandro.

Silvia levantó la vista.

—¿A qué se refiere?

—La clínica. La gestación subrogada. Él trabaja con… con gente de fuera. Argentina. No sé si… si alguien podría querer vengarse o… —se cubrió el rostro con las manos— no lo sé.

Pedro cerró su cuaderno.

—Gracias, señora Palacios. Ha sido muy clara.

Silvia se levantó.

—Vamos a hacer todo lo posible por encontrar a su hija.

Claudia asintió, pero sus ojos seguían perdidos, como si aún buscara a Telma en algún rincón de la casa.

Sandro esperaba en su despacho, de pie, con las manos en los bolsillos. Su rostro, normalmente seguro y seductor, estaba tenso. La barba perfectamente recortada no lograba ocultar la palidez.

Pedro entró primero.

—Señor Vega, gracias por su colaboración.

—Haré lo que sea necesario —respondió Sandro, con voz grave.

Silvia se apoyó en la mesa.

—Su esposa nos ha dicho que no sabe de nadie que pudiera querer perjudicarles. ¿Está de acuerdo?

Sandro dudó apenas un segundo.

—Sí. No tengo enemigos. Al menos… no que yo sepa.

—Su clínica trabaja con gestación subrogada en Argentina —dijo Silvia—. ¿Algún conflicto con proveedores? ¿Clientes? ¿Intermediarios?

—Nada relevante —respondió él—. Es un negocio delicado, pero legal allí. Aquí no puedo hacerlo, ya lo saben. Por eso operamos fuera.

Pedro intervino.

—¿Alguna amenaza reciente? ¿Algún mensaje extraño?

—No. Nada. —Sandro se pasó una mano por el cabello—. Mi suegro me ayudó a empezar el negocio cuando me casé con Claudia. Todo ha ido bien desde entonces. No… no entiendo quién podría hacer algo así.

Silvia lo observó con atención.
No parecía estar mintiendo.
Pero tampoco parecía decirlo todo.

—Estamos desolados —añadió Sandro, con un hilo de voz—. Telma es… es nuestra vida.

Pedro cerró la libreta.

—Bien. Vamos a seguir varios frentes. Les mantendremos informados.

En el recibidor, Pedro y Silvia se apartaron para hablar en voz baja.

—Cámaras del parque —dijo Pedro—. Quiero todas las grabaciones de esta mañana.

—Y testigos —añadió Silvia—. Algún vecino tuvo que ver algo.

—También pediremos permiso para intervenir los teléfonos de ambos —continuó él—. Y revisar el estado económico de la clínica. Movimientos bancarios, cuentas privadas de Sandro.

Silvia asintió.

—Si algo no encaja, lo vamos a encontrar.

Claudia estaba en la cocina, apoyada en la encimera, cuando Sandro entró.
Ella levantó la vista, con los ojos rojos.

—Esto es culpa tuya —dijo, sin gritar, pero con una dureza que cortaba el aire—. Tiene que ver con tus… con tus mujeres. Con tus mentiras. Con tu vida paralela.

Sandro abrió la boca, sorprendido.

—Claudia, por favor… no ahora.

—¡¿Y cuándo, Sandro?! —su voz tembló—. ¡Se han llevado a mi hija! ¡A nuestra hija! ¿Y tú quieres que me calle?

Sandro dio un paso hacia ella.

—No tiene nada que ver con eso. Te lo juro.

—No te creo —susurró Claudia.

En el pasillo, Pedro y Silvia escucharon la discusión.
Se miraron.

—Esto se complica —murmuró Silvia.

Pedro asintió.

—Habrá que esperar a que pidan el rescate. Si es que esto va de dinero.

Silvia miró hacia la cocina.

—Y si no… será aún peor.

3

La noticia del rapto de Telma había caído en Argentina como una piedra en un estanque tranquilo. Las ondas se expandían rápido, demasiado rápido, y David lo sabía. Desde primera hora de la mañana, su móvil no había dejado de vibrar: llamadas de su socio, mensajes de clientes, correos del despacho de abogados. Todos querían saber si aquello podía afectar a la clínica.

David caminaba por el pasillo principal con el ceño fruncido.
La clínica, impecable como siempre, parecía ajena al caos exterior. Paredes blancas, iluminación cálida, cuadros minimalistas, olor a eucalipto.
Un lujo silencioso, diseñado para transmitir confianza.

Pero David no estaba tranquilo.

Su traje gris claro estaba perfectamente planchado, y su reloj suizo brillaba cada vez que la luz del pasillo lo alcanzaba. A simple vista, era el retrato del éxito.
Pero por dentro, hervía.

¿Quién demonios podría estar detrás del secuestro?
¿Un cliente descontento?

¿Un proveedor?
¿O… alguien que sabía demasiado?

Sacudió la cabeza. No podía permitirse pensar en eso ahora.

Tenía que supervisar la ecografía de Sonia Coppola.

Sonia estaba ya en la sala, recostada en la camilla.
Era una mujer joven, de unos veintisiete años, piel clara, cabello castaño recogido en una trenza y ojos grandes que siempre parecían pedir permiso para existir. Su embarazo de mellizos le daba un aire frágil, casi transparente.

El médico ajustaba el ecógrafo cuando David entró.

—Buenos días, Sonia —dijo él, con una sonrisa profesional.

—Buenos días, doctor —respondió ella, nerviosa.

La pantalla mostró las siluetas de los mellizos.
Dos pequeños cuerpos moviéndose en un espacio compartido.
Uno de ellos, el que David sabía que tenía síndrome de Down, aparecía más quieto.

Ni Sonia lo sabía.
Ni los padres biológicos.
Un fallo de la clínica.
Un fallo caro.

Antes, para abaratar costes, no hacían todas las pruebas genéticas.
Desde este caso, habían empezado a hacerlas.
Demasiado tarde para Sonia.

—Todo está bien —dijo David, sin dudar, sin pestañear.

Sonia suspiró, aliviada.

—¿Están creciendo como deberían?

—Perfectamente —mintió él—. No tienes nada de qué preocuparte.

El médico asintió, siguiendo el juego.
David le lanzó una mirada que significaba: *ni una palabra*.

Cuando la ecografía terminó, Sonia se incorporó con dificultad.

—Gracias, doctor —dijo, con una sonrisa tímida.

David le devolvió la sonrisa, pero su mente estaba en otra parte.
En Barcelona.
En Telma.
En la policía.

Al llegar a su despacho, David se detuvo un segundo frente a la puerta.
Respiró hondo.
Necesitaba unos minutos para pensar.

Pero cuando abrió, alguien ya lo esperaba.

Martín Ledesma.

El periodista estaba sentado en una de las sillas, revisando notas en una libreta. Era un hombre de unos treinta y cinco años, delgado, de barba de dos días y cabello oscuro ligeramente despeinado. Vestía jeans, camisa remangada y una chaqueta gastada que contrastaba con el lujo del despacho. Sus ojos, sin embargo, eran lo más llamativo: atentos, incisivos, siempre buscando la grieta.

—Doctor Vega —dijo Martín, levantándose—. Gracias por recibirme.

David ocultó su molestia con una sonrisa.

—Martín, claro. Siempre es un placer colaborar con la prensa seria.

Se estrecharon la mano.
David tomó asiento detrás de su escritorio.

Martín encendió la grabadora.

—Quiero hacer un reportaje sobre la gestación subrogada en Argentina —empezó el periodista—. Su clínica es una de las más importantes del país.

David asintió, orgulloso.

—Así es. Aquí ofrecemos oportunidades a familias que no pueden tener hijos por otros medios.

—¿Y las gestantes? —preguntó Martín—. ¿Cómo llegan a ustedes?

David cruzó las manos sobre la mesa.

—Tenemos una página web donde las chicas pueden inscribirse voluntariamente. Es un proceso transparente. Ellas eligen participar y reciben una compensación justa.

—¿Y por qué aquí? —insistió Martín—. ¿Por qué no en España?

David sonrió con un gesto ensayado.

—Porque en España, como usted ya sabe, está prohibida la gestación subrogada. Incluso la publicidad de estos servicios. Por eso nuestra sede central está allí, pero operamos aquí. Todo dentro de la legalidad argentina.

Martín tomó notas.

—¿Podría entrevistar a alguna de las gestantes?

David negó con suavidad.

—No. Debemos preservar su intimidad. Es un proceso delicado. No queremos exponerlas.

Martín lo observó un segundo más de lo necesario.
David sostuvo la mirada sin parpadear.

—Entiendo —dijo el periodista, guardando la libreta—. Gracias por su tiempo. Si no le importa volveremos a vernos. Necesito más información.

—Perfecto. Seguimos en contacto.

Cuando Martín salió del despacho, David se quedó mirando la puerta cerrada.

¿Había sido un error dejarlo entrar?
¿Meter a un periodista en su clínica justo ahora?
¿Con un secuestro internacional en marcha?
¿Con Sonia gestando un bebé que nadie esperaba?
¿Con la policía española empezando a husmear?

David se pasó una mano por la cara.

Sí.
Probablemente había sido un error.

Y los errores, en su mundo, siempre se pagaban.

4

Era tarde. La comisaría olía a café recalentado y a cansancio. Pedro Durán y Silvia Gómez entraron sin hablar, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El secuestro de Telma había estallado como un trueno en un cielo que, hasta esa mañana, parecía despejado.

Pedro dejó su chaqueta sobre la silla y se frotó los ojos.
Silvia encendió el ordenador y abrió la carpeta del caso.

—Vamos a ver las cámaras —dijo ella, sin preámbulos.

Las imágenes del parque aparecieron en la pantalla: luz de mañana, árboles moviéndose con el viento, gente paseando a sus perros, un runner pasando dos veces por el mismo camino. Todo normal. Demasiado normal.

Hasta que no lo fue.

A las 10:17, Claudia Palacios aparece empujando el cochecito. Se sienta en un banco. Ajusta la manta de la niña. Mira el móvil. Respira.

A las 10:23, una figura encapuchada entra en el encuadre por detrás de los árboles.

Vestido completamente de negro.
Guantes.

Sudadera con capucha.
Y un pasamontaña cubriéndole la cabeza.

—Mierda —murmuró Pedro.

El encapuchado se acerca por detrás.
La cámara no capta el momento exacto en que Claudia pierde el conocimiento; solo se ve cómo su cuerpo se inclina hacia un lado, como si se durmiera de golpe.

El raptor toma el cochecito, saca a Telma con movimientos rápidos y precisos, y desaparece del plano.

Diez segundos después, un monovolumen negro entra en escena.
Cristales tintados.
Sin matrícula visible.
La puerta trasera se abre.
El encapuchado sube.
El vehículo se marcha.

Silvia retrocedió el vídeo varias veces, buscando algún detalle, un reflejo, una sombra, algo.

Nada.

—Es profesional —dijo ella, con la mandíbula tensa—. Muy profesional.

Pedro asintió.

—Y sabía exactamente lo que hacía.

Cerraron el vídeo.
El silencio se hizo pesado.

—Los vecinos tampoco han visto nada —añadió Silvia, revisando los informes—. Ni el coche, ni al tipo, ni nada raro. Como si el parque

hubiera estado vacío. Mañana seguiremos interrogando a posibles testigos, pero de momento no ha habido suerte. No creo que eso nos aporte nada.

Pedro se recostó en la silla.

—La motivación puede estar en cualquier parte. En el entorno privado de Sandro… o en sus negocios.

—Claudia lo dejó caer —recordó Silvia—. Ese reproche… "tus mujeres". No parecía una discusión nueva.

Pedro frunció el ceño.

—Y el dinero también es una causa posible. La familia de Claudia es rica. Muy rica.

—O… —Silvia lo miró con seriedad— alguien relacionado con las clínicas. Barcelona o Argentina. No olvidemos que la subrogación mueve mucho dinero. Y muchos intereses.

Pedro se levantó.

—Vamos a pedir un exhorto al juez. Que la PFA investigue allí también. Quiero todos los casos conflictivos de subrogación. De la clínica de Barcelona y de la de Argentina.

Silvia tomó nota.

—Y también los movimientos económicos de la empresa de Argentina. Y de las cuentas privadas de David Vilchez.

—Exacto —dijo Pedro—. Si hay algo turbio, lo encontraremos. Y vamos a volver a interrogar a Sandro.

Silvia cerró la carpeta con un golpe suave.

—Voy a redactar la solicitud del exhorto.

Pedro la observó un momento.
Ella parecía más tensa de lo habitual, como si algo en el caso la tocara de cerca.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Silvia soltó una risa breve, sin humor.

—Si yo ya no estaba convencida… —dijo, guardando el bolígrafo— solo me faltaba este caso para reafirmarme en mi opinión.

Pedro la miró sin entender del todo.

Silvia suspiró.

—Mi pareja quiere subrogar. No puede tener hijos. Y yo… —se encogió de hombros— no estoy de acuerdo. No lo veo claro. Y ahora, con esto…

Pedro asintió despacio.

—Este caso no ayuda.

—No —respondió ella—. No ayuda nada.

La cena en casa de los Buendía-Rodríguez transcurría en un silencio espeso, casi táctil. El apartamento, situado en un edificio antiguo del Eixample, tenía techos altos y un aire ligeramente decadente que contrastaba con la modernidad de la clínica donde Rita trabajaba. La luz cálida de la lámpara colgante caía sobre la mesa, iluminando dos platos de pasta que se enfriaban sin que nadie les prestara atención.

Rita movía el tenedor sin ganas.
Llevaba el uniforme aún debajo de la chaqueta, como si no hubiera tenido fuerzas para cambiarse. Su rostro, normalmente sereno,

estaba tenso. El cabello oscuro, recogido en una coleta baja, dejaba ver unas ojeras que no había tenido la semana anterior. La noticia del rapto de Telma la había golpeado más de lo que quería admitir.

Frente a ella, Ramón Buendía, asesor fiscal de Sandro en Barcelona, la observaba con una mezcla de preocupación y distancia. Era un hombre de cuarenta y pocos, corpulento, con barba espesa y cabello rizado que empezaba a encanecer en las sienes. Sus manos grandes descansaban sobre la mesa, inmóviles. Tenía un aire noble, pero cansado, como alguien que lleva demasiado tiempo intentando sostener algo que se desmorona.

—No has probado bocado —dijo Ramón al fin, rompiendo el silencio.

Rita levantó la vista, como si despertara de un pensamiento lejano.

—No tengo hambre.

—Es por lo de la niña, ¿verdad?

Rita asintió.
Se le formó un nudo en la garganta.

—Es horrible, Ramón. Horrible. No puedo dejar de pensar en Claudia… en lo que debe estar pasando. Y la niña… tan pequeña…

Ramón suspiró, apoyándose en el respaldo de la silla.

—No me extrañaría —dijo, con un tono que pretendía ser casual pero no lo era— que el rapto tuviera que ver con alguna de las amantes de Sandro.

El tenedor de Rita se detuvo en el aire.
Un segundo.
Dos.
Su respiración se volvió más corta.

—¿Qué… qué dices? —preguntó, intentando sonar indiferente.

Ramón se encogió de hombros.

—Ese tío va de perfecto, pero todos sabemos cómo es. Guapo, encantador, con dinero… y con la fidelidad justa para salir bien en las fotos. No sería raro que alguna se obsesionara. O que alguna pareja despechada quisiera joderle la vida.

Rita tragó saliva.
El comentario le había atravesado la piel como una aguja fina.

—No deberías hablar así —dijo, sin mirarlo—. No sabes nada.

—Sé lo que se comenta —respondió Ramón, clavando los ojos en ella—. Y sé que tú lo admiras demasiado.

Rita sintió un vuelco en el estómago.
No era la primera vez que Ramón insinuaba algo.
No era la primera vez que ella tenía que fingir que no entendía.

—Es mi jefe —dijo, con voz baja—. Solo eso.

Ramón soltó una risa amarga.

—Claro. Solo eso.

El silencio volvió a caer sobre la mesa, más pesado que antes.
Rita apartó el plato.
No podía seguir fingiendo normalidad.
No podía seguir respirando en esa habitación donde cada palabra parecía una acusación.

—No sé por qué dices esas cosas —murmuró.

Ramón la observó un largo rato.
Sus ojos, cansados, parecían buscar algo en ella que ya no encontraba.

—Porque te has ido de nosotros, Rita —dijo al fin—. Hace tiempo. Y no sé si algún día vas a volver.

Ella bajó la mirada.
No respondió.
No podía.

El subtexto flotaba entre ellos como un humo denso:
la distancia, la sospecha, la infidelidad que Rita escondía con manos temblorosas.

Ramón se levantó, recogió su plato y lo llevó al fregadero sin añadir nada más.

Rita se quedó sola en la mesa, con el corazón golpeándole el pecho y la sensación de que el comentario de Ramón no solo la había inquietado… sino que había abierto una grieta que ya no podría cerrar.

Y mientras tanto, en algún lugar de Barcelona, Telma seguía desaparecida.

5

ARGENTINA, 18 MESES ANTES

La sala de revisiones olía a desinfectante. No era un olor desagradable, pero sí persistente, como si se hubiera quedado atrapado en las paredes. La luz blanca del techo creaba un ambiente luminoso, en concordancia con el resto de la clínica.

Paula River estaba recostada en la camilla, con el vientre descubierto y una bata fina que no abrigaba nada. Sus ojos grandes y oscuros parecían absorberlo todo. Su embarazo le daba un aire más frágil de lo que era, pero también una serenidad que no había tenido antes de llegar allí.

La enfermera ajustó el ecógrafo sin mirarla demasiado. Era una mujer de mediana edad, con el uniforme arrugado y un cansancio antiguo en los hombros. Sus movimientos eran automáticos, casi mecánicos.

—Respira hondo —dijo, aplicando el gel frío sobre la piel de Paula.

Paula obedeció.

La pantalla mostró la silueta del bebé: un perfil pequeño, un movimiento leve, un latido firme.

—¿Está bien? —preguntó Paula, con una mezcla de esperanza y miedo.

—Todo normal —respondió la enfermera, sin emoción.

Paula sonrió.
Llevaba semanas sintiendo que algo cambiaba dentro de ella, algo que no sabía si debía celebrar o temer. Pero cada vez que veía esa imagen borrosa en la pantalla, algo en su pecho se aflojaba.

La enfermera apagó el aparato, limpió el gel y anotó algo en una carpeta.

—Listo —dijo—. Puedes vestirte.

Paula se incorporó despacio.
Se quedó un momento con la mano sobre el vientre, como si quisiera memorizar la sensación.

La enfermera la observó de reojo.
Y entonces, sin suavidad, sin tacto, sin medir el impacto, soltó:

—No te encariñes. No es tuyo.

Paula se quedó inmóvil.
El comentario cayó como un golpe seco.

—¿Cómo que no…? —susurró.

La enfermera suspiró, como si hubiera dicho esa frase demasiadas veces.

—Sabes cómo funciona esto. Gestas el bebé, y ellos se lo llevan. Es el acuerdo.

Paula bajó la mirada hacia su vientre.
Lo acarició con la punta de los dedos.

—Lo siento moverse —dijo, con la voz quebrada—. ¿Cómo no va a ser mío?

La enfermera no respondió.
Guardó los instrumentos, cerró la carpeta y se dirigió a la puerta.

—No te encariñes —repitió, antes de salir.

Paula se quedó sola en la sala.
El silencio era tan grande que podía oír su propio corazón.
Y debajo de su mano, un movimiento suave, casi imperceptible.

Un recordatorio de que, aunque le dijeran que no era suyo, algo dentro de ella ya había decidido lo contrario.

La sala de reuniones del despacho jurídico Souza & Asociados tenía ese aire frío y profesional que solo logran los lugares donde se toman decisiones importantes. Cristales ahumados, una mesa de madera oscura, sillas ergonómicas y una pantalla enorme donde se proyectaban los documentos de la clínica.

Sandro Vega llegó puntual, como siempre.
Traje azul marino impecable, camisa blanca sin una arruga, el reloj suizo brillando bajo la luz. Su porte elegante y seguro contrastaba con la tensión que llevaba en los hombros. Viajar a Argentina una vez al mes se había convertido en rutina, pero también en un escape. Un escape de su matrimonio desgastado, de la presión en Barcelona, de la sensación de que todo se sostenía con hilos demasiado finos.

Cuando entró, la vio.

Carol Souza.

La abogada del despacho externo que llevaba la cuenta de la clínica.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, alta, delgada, con el cabello negro liso recogido en una coleta baja que dejaba al descubierto un rostro anguloso y unos ojos grises que parecían analizarlo todo. Vestía un traje pantalón color carbón, sobrio pero impecable, y unos pendientes mínimos que brillaban apenas cuando giraba la cabeza.

Transmitía inteligencia.
Y control.
Mucho control.

—Doctor Vega —dijo ella, levantándose para estrecharle la mano—. Un placer tenerlo de nuevo por aquí.

Su voz era firme, segura, sin un ápice de duda.

Sandro sintió un pequeño impacto, como si la sala se hubiera estrechado un poco.

—El placer es mío —respondió él, sonriendo.

La reunión comenzó.
Hablaron de contratos, de riesgos legales, de la necesidad de reforzar ciertos protocolos en la clínica argentina. Carol explicaba cada punto con una claridad quirúrgica, sin titubeos, sin adornos. Sandro la escuchaba fascinado. No solo por su belleza —que era evidente— sino por su mente. Su precisión. Su aplomo.

Ella, por su parte, lo observaba con una mezcla de interés profesional y algo más.
Algo que Sandro no supo identificar al principio, pero que sintió como un leve cosquilleo en la nuca.

Cuando la reunión terminó, Carol cerró su carpeta con un gesto elegante.

—Doctor Vega, si quiere podemos revisar algunos puntos adicionales fuera de la oficina. Hay cosas que sería mejor discutir sin interrupciones.

Sandro dudó un segundo.
Solo un segundo.

—Por supuesto —respondió—. ¿Le parece si cenamos?

Carol sonrió.
Una sonrisa pequeña, controlada, pero que tenía filo.

—Me parece perfecto.

Eligieron un restaurante discreto, con luz tenue y mesas separadas. Hablaron de la clínica, de los cambios legales, de los riesgos de operar entre dos países con normativas tan distintas. Pero, poco a poco, la conversación fue derivando hacia otros temas: viajes, ambiciones, frustraciones.

Carol lo escuchaba con atención.
Demasiada atención.

—Debe ser difícil —dijo ella, en un momento dado— llevar un negocio así y, además, mantener una vida personal estable.

Sandro bajó la mirada hacia su copa.

—Digamos que… no siempre es fácil.

—Lo imagino —respondió ella, sin compasión, pero con comprensión —. Usted carga con mucho. Y está solo más a menudo de lo que admite.

Sandro levantó la vista.
Ella lo estaba leyendo.
Leyendo demasiado bien.

—Mi matrimonio… —empezó él, pero no terminó la frase.

Carol inclinó la cabeza, como si ya supiera el final.

—No tiene que explicarlo —dijo—. Se nota.

La frase quedó suspendida entre ellos.
Un puente.
Una invitación.

Cuando salieron del restaurante, la noche de Buenos Aires estaba tibia, vibrante.
Sandro iba a despedirse como siempre, con un apretón de manos, formal, correcto.

Pero Carol dio un paso hacia él.
Lo tomó por la solapa del traje.
Y lo besó.

Un beso firme, decidido, sin pedir permiso.

Sandro tardó medio segundo en reaccionar.
Medio segundo en recordar quién era, qué hacía allí, qué tenía en Barcelona.

Y luego se dejó llevar.

No hablaron en el trayecto.
No hicieron falta palabras.

El hotel estaba a pocas cuadras.
Una habitación reservada en silencio, con la naturalidad de quien ya

ha tomado la decisión antes de llegar al mostrador.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, Sandro sintió que algo se rompía.
O se abría.
O ambas cosas.

Carol lo miró con esos ojos grises que no temblaban nunca.

—No te preocupes —dijo ella, acercándose—. No voy a complicarte la vida.

Sandro no supo si era una promesa o una advertencia.

Solo supo que, desde esa noche, nada volvería a ser igual.

6

La casa de los Vega Palacios estaba llena de murmullos y pasos contenidos cuando el timbre sonó. Claudia se levantó de inmediato, como si hubiera estado esperando ese sonido desde el amanecer. Abrió la puerta antes de que la segunda campanada terminara de vibrar.

En el umbral estaban sus padres.

Elvira Valdubí, menuda, de cabello blanco perfectamente peinado y ojos azules que siempre parecían a punto de humedecerse. Vestía ropa elegante, tonos suaves, y llevaba un pañuelo de seda anudado al cuello. A sus sesenta y tantos, conservaba una belleza frágil, casi etérea.

Enrique Palacios, en cambio, imponía. Alto, corpulento, con el cabello gris cortado al ras y una expresión dura que no se suavizaba ni siquiera frente a su hija. Sus manos grandes, curtidas por años de trabajo en la empresa familiar, parecían demasiado grandes para el maletín de piel que llevaba.

—Claudia… —susurró Elvira, abrazándola con fuerza.

Claudia se quebró un instante en sus brazos.

—Mamá… papá… gracias por venir.

Enrique entró sin decir palabra, observando la casa con una mezcla de preocupación y desconfianza. Sandro apareció en el pasillo, intentando mantener la compostura.

—Enrique, Elvira… —dijo, con voz tensa—. Gracias por venir tan rápido.

Enrique no le estrechó la mano.

—No lo hemos hecho por ti —respondió, seco—. Lo hemos hecho por nuestra nieta.

Sandro apretó la mandíbula, pero no replicó.

Se reunieron en el salón. La policía había salido hacía poco, dejando un silencio incómodo en la casa. Claudia se sentó entre sus padres, con las manos entrelazadas.

—Quiero pediros algo —dijo, mirando a Enrique y Elvira—. Cuando llamen… cuando pidan el rescate… necesitaremos dinero. Mucho dinero. No sé cuánto, pero será una cantidad que nosotros no podremos asumir solos.

Elvira le tomó la mano.

—Haremos lo que haga falta, hija.

Enrique, sin embargo, no respondió de inmediato. Miró a Sandro, como si la petición fuera también una acusación.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿No puedes hacerte cargo? Con todo lo que ganas en esa clínica…

Sandro respiró hondo.

—Enrique, no sabemos cuánto pedirán. Y no es momento de discutir sobre…

—¡Claro que es momento! —lo interrumpió Enrique, levantándose—. ¡Mi nieta ha sido secuestrada! Y tú… tú siempre has tenido enemigos, Sandro. Siempre. Desde que entraste en la familia.

Claudia se llevó una mano a la frente.

—Papá, por favor…

Pero Enrique no había terminado.

—Nunca me gustaste —dijo, mirándolo fijamente—. Nunca. Y ahora… ahora mi nieta está desaparecida. ¿Qué debo pensar?

Sandro dio un paso hacia él.

—Que yo también estoy destrozado. Que haré lo que sea para traerla de vuelta.

—¿Sí? —Enrique entrecerró los ojos—. ¿Incluso decirnos la verdad sobre tus negocios?

El silencio cayó como un golpe.

Claudia se levantó, temblando.

—¡Basta! ¡Los dos! No puedo… no puedo con esto ahora.

Elvira abrazó a su hija, intentando calmarla.
Enrique se apartó, respirando con dificultad.
Sandro, con el rostro tenso, tomó su chaqueta.

—Voy a la clínica —dijo—. Necesito trabajar. Necesito… hacer algo.

Claudia no lo detuvo.

La clínica estaba en plena actividad. Sandro caminó por los pasillos con pasos rápidos, intentando ordenar sus pensamientos.

Necesitaba control. Necesitaba un plan. Necesitaba que nada más se desmoronara.

Rita estaba revisando unos informes en el laboratorio cuando él entró.
Ella levantó la vista, sorprendida.

—Sandro… ¿qué haces aquí? Pensé que estarías con Claudia.

—No puedo estar allí ahora —respondió él, cerrando la puerta detrás de sí—. Necesito que hablemos.

Rita dejó los papeles.
Su rostro mostraba preocupación, pero también algo más: miedo.

—¿Qué pasa?

Sandro se acercó, bajando la voz.

—Tenemos que ponernos de acuerdo en la coartada.

Rita se quedó inmóvil.

—¿Qué… coartada?

—La policía va a empezar a preguntar. Van a revisar todo. Y si alguien menciona que tú y yo… —hizo un gesto vago, pero claro—, podría complicarlo todo. Para mí. Para ti. Para la clínica.

Rita tragó saliva.

—¿Qué quieres que diga?

Sandro la miró fijamente.

—Diremos que estábamos juntos en el laboratorio. Que estuvimos aquí toda la mañana. Que no salimos. Que no vimos nada.

Rita sintió un escalofrío.

—Sandro… ¿estás seguro?

—No tenemos opción —respondió él—. Si empiezan a hurgar… si empiezan a unir piezas… todo puede venirse abajo.

Rita asintió despacio, aunque su expresión mostraba algo que Sandro no vio:
la primera grieta del miedo.

La clínica estaba casi en silencio. El laboratorio, con sus luces blancas y su olor a desinfectante, parecía un escenario detenido en el tiempo. Sandro y Rita hablaban en voz baja junto a la mesa central, demasiado cerca, demasiado tensos, demasiado conscientes de que nadie debía oírlos.

Pero alguien los oía.

Raquel.

Raquel Méndez llevaba meses esperando una oportunidad. Enfermera de treinta y pocos, cabello castaño recogido en un moño tirante, ojos oscuros y una expresión que siempre parecía contener un comentario mordaz. Era eficiente, disciplinada y ambiciosa. Muy ambiciosa. Y nunca había superado que Rita hubiese sido nombrada enfermera jefa en lugar de ella.

Desde la puerta entreabierta del laboratorio, Raquel observaba.

Sandro hablaba rápido, con el ceño fruncido.
Rita asentía, nerviosa, retorciéndose los dedos.
No se oían las palabras, pero el lenguaje corporal lo decía todo.

Algo esconden.

Raquel entrecerró los ojos.
No era la primera vez que los veía así.
Ni la segunda.

—Ya llegará mi momento… —murmuró para sí, con una sonrisa apenas perceptible.

Se apartó antes de que la vieran y caminó por el pasillo con paso firme, segura, casi elegante. Sabía que la clave del poder no era gritar, sino esperar. Y ella llevaba esperando mucho tiempo.

Al llegar al despacho de Sandro, cerró la puerta con llave.
El corazón le latía rápido, pero no por miedo.
Por anticipación.

Se acercó al cuadro minimalista que colgaba en la pared. Lo levantó con cuidado. Detrás, perfectamente camuflada entre el marco y la pintura, estaba la microcámara que había colocado semanas atrás. Un pequeño dispositivo negro, discreto, silencioso, que había grabado más de lo que Sandro y Rita jamás imaginarían.

Raquel la tomó entre los dedos, la observó un instante y sonrió.

—Tengo imágenes que pueden destruirlos a los dos —susurró.

Pero no era tan simple.

No podía usarlas todavía.
No sin autorización.
No sin que "él" diera la orden.

Porque Raquel no actuaba sola.
Nunca lo había hecho.

Guardó la microcámara en el bolsillo interior de su chaqueta y volvió a colgar el cuadro en su sitio. Luego salió del despacho con la misma

calma con la que había entrado.

Mientras caminaba hacia el ascensor, pensó en Sandro y Rita, en sus voces bajas, en sus secretos compartidos.

—Seguid hablando —dijo en voz baja, sin mirar atrás—. Seguid cavando vuestro propio agujero.

El ascensor se abrió con un *ding* suave.
Raquel entró, pulsó la planta baja y dejó que las puertas se cerraran lentamente.

Ella sabía esperar.
Y sabía muy bien que, en esta clínica, la paciencia era un arma más afilada que cualquier bisturí.

7

La tarde del segundo día después del rapto caía sobre la comisaría como una losa. El ambiente estaba cargado, denso, lleno de ese silencio tenso que precede a los interrogatorios.

Pedro Durán y Silvia Gómez caminaban por el pasillo hacia la sala de entrevistas cuando un agente joven se les acercó con una carpeta en la mano.

—Un momento… —dijo, algo agitado—. Ya tenemos el informe económico.

Pedro se detuvo.
Silvia cruzó los brazos, expectante.

—¿Y bien? —preguntó ella.

El agente negó con la cabeza.

—Nada sospechoso. Ni en las cuentas de la clínica ni en las personales de Sandro Vega. El negocio funciona bien. No hay movimientos raros, ni transferencias fuera de lo común, ni pagos a terceros que llamen la atención.

Pedro soltó un suspiro frustrado.

—Perfecto —murmuró—. Un sospechoso sin agujeros.

Silvia cerró los ojos un instante, como si intentara recomponer el rompecabezas.

—Gracias —dijo al agente—. Puedes irte.

Cuando quedaron solos, Pedro empujó la puerta de la sala de interrogatorios.

Sandro estaba sentado al otro lado de la mesa metálica, impecable como siempre. Traje oscuro, camisa clara, barba perfectamente recortada. Pero sus ojos delataban cansancio. Y miedo. Un miedo que intentaba disimular con una postura rígida y un aire de falsa serenidad.

Pedro y Silvia se sentaron frente a él.

—Señor Vega —empezó Pedro—, gracias por venir. Este es un interrogatorio voluntario, y puede marcharse cuando quiera. Lo vamos a grabar.

—Haré lo que sea necesario —respondió Sandro, con voz grave.

Después de poner en marcha la grabadora, Silvia abrió su libreta.

—Vamos a ser directos. ¿Ha habido algún caso conflictivo últimamente? Aquí o en Argentina. Algo que pudiera justificar el secuestro.

Sandro negó sin dudar.

—No. Nada. Todo ha funcionado con normalidad.

Pedro entrecerró los ojos.

—¿Confía usted en su socio?

—Sí —respondió Sandro, demasiado rápido—. Absolutamente.

Silvia tomó nota, sin levantar la vista.

—Vamos a hablar de su vida privada —dijo ella.

Sandro se tensó apenas un milímetro.

—No tengo nada que ocultar.

Pedro apoyó los codos en la mesa.

—¿Dónde estaba ayer a las diez de la mañana?

—En la clínica —respondió Sandro—. En el laboratorio.

Silvia levantó la mirada.

—¿Alguien puede corroborarlo?

Sandro asintió.

—Sí. Rita, mi enfermera jefa. Estábamos trabajando juntos.

Pedro cerró la libreta.

—Lo comprobaremos.

Sandro tragó saliva, pero mantuvo la compostura.

—Pueden hacerlo. No tengo nada que esconder.

Silvia lo observó unos segundos más, como si intentara leer algo detrás de sus pupilas.

—Eso es todo por ahora —dijo finalmente—. Puede irse.

Sandro se levantó, ajustó su chaqueta y salió sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cerró, Silvia soltó el aire que llevaba reteniendo.

—Algo me dice que no nos está diciendo toda la verdad —murmuró.

Pedro asintió, mirando la puerta por donde Sandro había desaparecido.

—A mí también.

Silvia cerró su libreta con un chasquido suave.

—Y lo peor es que él lo sabe.

8

Martín Ledesma llevaba dos días chocando contra el mismo muro.

Había pedido entrevistar a una gestante.
Se lo habían negado.
Había insistido.
Se lo habían vuelto a negar.

La excusa oficial era siempre la misma: confidencialidad, protección de la intimidad, protocolos internos.

Pero Martín no era un periodista ingenuo.
Sabía reconocer una puerta cerrada cuando la veía.
Y sabía que, detrás de esa puerta, siempre había algo interesante.

Aun así, no podía forzarla… todavía.

Hoy tenía una cita con Carol Souza, la asesora legal de la clínica.
La mujer que, según todos, era la columna vertebral jurídica del negocio.

Cuando ella entró en la sala de reuniones, Martín sintió un pequeño sobresalto.
No por sorpresa, sino por la forma en que su presencia llenaba el espacio.

Elegante, precisa, segura.
Una belleza fría, afilada, que parecía diseñada para ganar juicios.

—Señor Ledesma —dijo Carol, estrechándole la mano—. Me han dicho que está preparando un reportaje sobre la subrogación en Argentina. ¿En qué puedo ayudarlo?

Martín encendió la grabadora.

—Quiero entender cómo funciona el proceso aquí. Legalmente, quiero decir.

Carol sonrió con profesionalidad.

—Argentina permite la gestación subrogada siempre que exista un acuerdo previo entre las partes y que no haya explotación. La ley es flexible, pero exige que los contratos estén bien redactados. Ahí entramos nosotros.

Martín tomó notas.

—¿Y cómo se gestiona la nacionalidad de los bebés cuando los padres son extranjeros? Muchos de sus clientes vienen de España, ¿no?

—Correcto —respondió Carol—. España no permite la subrogación, pero sí reconoce la filiación cuando el bebé nace en un país donde el proceso es legal. Nosotros nos encargamos de toda la documentación: certificados médicos, actas notariales, pruebas de filiación genética… y luego gestionamos el pasaporte argentino. Con eso, los padres pueden viajar a España y solicitar la nacionalidad para el bebé.

Martín levantó la vista.

—Suena muy… eficiente.

—Lo es —dijo Carol, sin modestia—. Nuestro trabajo es que las familias no tengan que preocuparse por nada.

Martín dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Y las gestantes? Me gustaría hablar con alguna. Entender su experiencia.

Carol cruzó las manos, manteniendo la sonrisa, pero sus ojos se endurecieron apenas un milímetro.

—Eso no será posible.

—¿Por qué? —preguntó Martín, sin rodeos.

—Por su protección —respondió ella—. Muchas de ellas tienen situaciones personales delicadas. No queremos exponerlas.

—Pero son parte esencial del proceso —insistió él—. Sin ellas, no hay historia.

Carol sostuvo su mirada sin pestañear.

—Precisamente por eso debemos cuidarlas. No damos entrevistas con gestantes. Es una política estricta.

Martín anotó algo, aunque ya no escribía nada útil.
Solo necesitaba tiempo para pensar.

—Entiendo —dijo finalmente.

Carol se levantó.

—Si necesita más información legal, estaré encantada de ayudarlo.

—Gracias —respondió Martín.

Ella salió de la sala con paso firme, dejando tras de sí un leve aroma a perfume caro y una sensación de control absoluto.

Martín apagó la grabadora y se quedó mirando la puerta cerrada.

Había algo que no encajaba.
Algo que no terminaba de cuadrar.

¿Por qué tanto secretismo?
¿Por qué tanto miedo a que hablara con una gestante?
¿Por qué esa sonrisa perfecta que nunca llegaba a los ojos?

Tomó su libreta y escribió una frase que ya había usado en otros reportajes, siempre antes de descubrir algo grande:

“Si no me dejan ver algo, es porque ese algo importa.”

Y mientras guardaba sus cosas, una idea empezó a tomar forma.

No iba a rendirse.
Solo tenía que esperar el momento adecuado.

Y en esa clínica, tarde o temprano, las grietas aparecerían.

9

La comisaría estaba casi vacía a esas horas.
Las luces frías del techo proyectaban sombras largas sobre los escritorios, y el silencio solo se rompía por el zumbido de los ordenadores y el tecleo ocasional de algún agente rezagado.

Pedro Durán y Silvia Gómez llevaban horas revisando el caso.
Otra vez.
Y otra.

Papeles, informes, declaraciones, grabaciones.
Nada encajaba.
Nada avanzaba.

Pedro se frotó la cara con ambas manos.

—Cada día que pasa… —murmuró— es un día más en el que esa niña está con desconocidos.

Silvia cerró la carpeta con un golpe suave.

—Es un bebé, Pedro. Necesita cuidados constantes. Alguien tiene que estar alimentándola, cambiándola, calmándola. No creo que quieran hacerle daño.

Pedro no respondió.
No porque no quisiera, sino porque no podía permitirse pensar en lo

contrario.

Fue entonces cuando un agente uniformado se acercó a ellos con paso rápido.

—Durán —dijo, extendiendo un sobre marrón—. Esto lo han dejado para ti en recepción. Sin remitente.

Pedro lo tomó, frunciendo el ceño.

—¿Cuándo?

—Hace cinco minutos. Un mensajero. No dijo nada más.

El agente se marchó.

Silvia y Pedro se miraron.
Ese tipo de sobres nunca traían buenas noticias.

Pedro lo abrió con cuidado.
Dentro había una nota impresa y un pendrive negro, sin marca.

Silvia leyó por encima del hombro de su compañero.

La nota decía:

"La verdadera inmoralidad no está en el secuestro, sino en lo que ese hombre hace con mujeres pobres al otro lado del océano.
Si quieren saber quién es Sandro Vega, miren la memoria adjunta."

No había firma.
Ni amenazas.
Ni petición de rescate.

Solo un juicio moral.
Y una invitación.

Silvia tomó el pendrive.

—Voy a conectarlo —dijo, ya encendiendo su portátil.

Pedro asintió, tenso.

—Con cuidado. Podría estar infectado.

—Ya lo sé.

Silvia lo conectó.
La pantalla tardó unos segundos en reaccionar.
Luego apareció un archivo de vídeo.

—¿Listo? —preguntó ella.

Pedro asintió.

Silvia abrió el archivo.

La imagen era nítida.
Demasiado nítida.

El despacho de Sandro.
La mesa de diseño italiano.
Y sobre ella, Sandro Vega… con una mujer practicando sexo.

Una enfermera.
No había duda.

Pedro se quedó inmóvil.
Silvia apretó los labios.

El vídeo era más que suficiente para entender la naturaleza de la relación.
Más que suficiente para destruir reputaciones.
Más que suficiente para abrir nuevas preguntas.

Silvia pausó la reproducción.

—Bueno… —dijo, sin apartar la vista de la pantalla—. Parece que el caso empieza a moverse.

Pedro se pasó una mano por la barba, incrédulo.

—Y no precisamente hacia donde esperábamos.

Silvia cerró el portátil.

—Te lo dije, Pedro. Ese hombre no nos está contando toda la verdad.

Pedro asintió, mirando el sobre vacío.

—Y alguien ahí fuera quiere que lo sepamos.

10

Silvia Gómez llegó a casa pasadas las diez.
Cerró la puerta con suavidad, como si el ruido pudiera desatar algo que llevaba horas conteniendo. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una silla. El olor a sofrito y verduras salteadas le llegó desde la cocina, cálido, familiar… y, sin embargo, no consiguió aliviarle el nudo en el estómago.

Ana estaba de espaldas, removiendo algo en una sartén.
Llevaba una camiseta vieja y el pelo recogido en un moño improvisado.
Cuando oyó a Silvia entrar, sonrió sin girarse.

—Justo a tiempo. Pensé que hoy cenarías en la comisaría.

Silvia dejó las llaves en la mesa de la entrada.

—Ha sido un día largo.

Ana apagó el fuego y se volvió hacia ella.
Su expresión cambió al instante.

—¿Qué ha pasado?

Silvia dudó.
No podía contarle detalles del caso, pero tampoco podía fingir que

todo estaba bien. Se acercó a la encimera y se apoyó en ella, cansada.

—El caso de la niña… ha dado un giro. No sé si para bien o para mal.

Ana dejó los platos sobre la mesa.

—¿Algo nuevo?

—Sí. Algo… inesperado.

No dijo más.
Ana la conocía lo suficiente como para no insistir.

Cenaron en silencio unos minutos.
Silvia apenas probó la comida.

Ana la observaba, inquieta.

—Silvia… —dijo finalmente—. Tenemos que hablar.

Silvia cerró los ojos un instante.
Sabía perfectamente de qué iba a hablar.

—Ana, por favor… hoy no.

—Hoy sí —respondió ella, con una firmeza suave—. No podemos seguir evitando esto.

Silvia dejó el tenedor.

—Estoy agotada. No tengo cabeza para…

—Precisamente por eso —lo interrumpió Ana—. Porque llevas semanas así. Porque cada vez que saco el tema, te cierras. Porque siento que estoy hablando sola.

Silvia respiró hondo.

—No quiero tener un hijo —dijo, sin rodeos.

Ana bajó la mirada, pero no se rindió.

—Yo sí.

El silencio se volvió espeso.

—No puedo gestar —continuó Ana—. Y tú tampoco. La única opción que tenemos es la subrogación. Y cada vez que lo menciono, te pones a la defensiva.

Silvia apoyó los codos en la mesa y se frotó la frente.

—No es solo una cuestión práctica —dijo—. Es moral. Es… complicado. Y ahora, con este caso… —se detuvo, incapaz de seguir.

Ana la miró con una mezcla de tristeza y frustración.

—¿Complicado para quién? ¿Para ti? ¿Para nosotras? ¿O para tu conciencia profesional?

Silvia levantó la vista, herida.

—No es justo.

—Tampoco lo es que yo tenga que renunciar a algo que deseo desde hace años —respondió Ana, con la voz temblorosa—. Y no sé cuánto tiempo más puedo seguir esperando a que cambies de opinión.

Silvia sintió un pinchazo en el pecho.
No por el reproche, sino por el miedo.

—¿Estás diciendo que…?

Ana negó con la cabeza.

—No estoy diciendo nada. Solo… que esto nos está rompiendo. Y no quiero que nos rompa del todo.

Silvia no supo qué responder.
El caso de Telma, el vídeo de Sandro, la presión, la moralidad de la subrogación… todo se mezclaba en su mente como un torbellino.

Ana se levantó y empezó a recoger los platos.

—Hablaremos mañana —dijo, sin mirarla—. Cuando estés más tranquila.

Silvia se quedó sentada, inmóvil, escuchando el sonido del agua en el fregadero.

Por primera vez en mucho tiempo, tuvo miedo de perder algo que no sabía si podía salvar.

11

ARGENTINA, 17 MESES ANTES

La tarde había caído sobre Buenos Aires con un calor pegajoso, de esos que se quedan atrapados en los pasillos de la clínica. El aire acondicionado funcionaba, pero no lograba borrar la sensación de encierro. En la recepción, dos enfermeras hablaban en voz baja cuando la puerta automática se abrió de golpe.

Paula River entró tambaleándose apoyada en un vigilante.

Tenía el rostro desencajado, los ojos muy abiertos, respirando como si hubiera corrido una maratón. Sus manos temblaban. El cabello, normalmente recogido, caía en mechones desordenados sobre su rostro sudado. Llevaba una camiseta amplia y un pantalón de algodón, ropa que parecía elegida a toda prisa.

—Ayuda… —susurró—. No puedo… no puedo respirar…

La enfermera de guardia se levantó de inmediato.

—Paula, tranquila. Ven, Siéntate aquí.

Pero Paula negó con la cabeza, retrocediendo un paso, como si la silla fuera una amenaza.

—No… no… algo está mal… algo está mal con el bebé… —se llevó las manos al vientre—. No puedo… no puedo…

Su respiración se aceleró aún más.
Un jadeo.
Un sollozo.
Un temblor.

La enfermera hizo una señal a un camillero.

—Traed una silla de ruedas. Ya.

Paula se dejó caer en ella sin resistencia, como si su cuerpo hubiera decidido rendirse. La llevaron por el pasillo hacia una sala de observación. Su pecho subía y bajaba de forma irregular, y sus ojos se movían rápido, como si buscara algo que no estaba allí.

—Tranquila, Paula —dijo la enfermera, intentando sonar calmada—. Vamos a ayudarte.

Pero Paula no escuchaba.
O no podía escuchar.

—No quiero… no quiero perderlo… —murmuró—. No quiero… no quiero…

La enfermera intercambió una mirada preocupada con el médico de guardia.

—Avisa a David —dijo él—. Esto no es solo ansiedad.

David llegó pocos minutos después, con su bata blanca impecable y el gesto serio. Su presencia llenó la sala como un golpe de aire frío. Observó a Paula desde la puerta: encogida, temblorosa, con la mirada perdida en un punto invisible del techo.

—¿Qué pasó? —preguntó, sin apartar los ojos de ella.

—Ataque de pánico —respondió el médico—. Dice que siente que algo está mal con el bebé. Pero los signos vitales están bien.

David se acercó despacio, como si evaluara un objeto frágil.

—Paula —dijo, con voz suave pero distante—. Estás bien. El bebé está bien. Necesitas calmarte.

Paula lo miró.
Y en sus ojos había algo nuevo: miedo.
No miedo al ataque.
Miedo a él.

David lo notó.
Y no le gustó.

—¿Ha pasado algo que pueda haberla alterado? —preguntó el médico.

David tardó un segundo en responder.

—No que yo sepa.

Pero su mente ya estaba trabajando.
Rápido.
Demasiado rápido.

Paula estaba empezando a desbordarse.
A perder el control.
A convertirse en un riesgo.

Un riesgo para la clínica.
Para los clientes.
Para él.

David se cruzó de brazos, mirando a la enfermera.

—Habrá que vigilarla —dijo, con un tono que no admitía discusión.

La enfermera asintió, aunque su expresión mostraba incomodidad.

Paula, desde la camilla, respiraba un poco más lento, pero seguía temblando.
No sabía que, en ese instante, su destino acababa de cambiar.
No sabía que, para David, había dejado de ser una gestante y se había convertido en un problema.

Un problema que había que controlar.

La habitación del hotel estaba en penumbra, iluminada solo por la luz tenue que entraba desde la calle. El aire acondicionado murmuraba con constancia, y las sábanas aún conservaban el calor de los cuerpos que hacía unos minutos se habían buscado con urgencia.

Sandro estaba tumbado boca arriba, respirando despacio, con el pecho aún agitado. Sentía una ligereza que hacía años no experimentaba. Una mezcla de euforia, alivio y algo más profundo, más peligroso: la sensación de ser visto.

Carol estaba a su lado, apoyada sobre un codo, con la sábana cubriéndole apenas la cintura. Su piel tenía un brillo suave bajo la luz, pero su expresión seguía siendo la misma de siempre: controlada, serena, impenetrable. Sus ojos grises lo observaban sin prisa, como si lo analizara incluso en ese momento de aparente vulnerabilidad.

—Te veo distinto —dijo ella, con voz baja.

Sandro sonrió, girando la cabeza hacia ella.

—¿Distinto cómo?

—Más… vivo.

Él soltó una risa suave.

—Es que contigo… —se detuvo, buscando las palabras—. Me siento… no sé. Admirado. Comprendido. Como si… como si alguien por fin me viera de verdad.

Carol no respondió de inmediato.
Solo lo miró, con esa calma que a Sandro le resultaba tan adictiva.

—No deberías necesitar que nadie te vea —dijo al fin—. Pero si lo haces… aquí estoy.

Sandro sintió un nudo en la garganta.
No era una declaración de amor.
No era una promesa.
Era algo más frío, más ambiguo… y, sin embargo, más irresistible.

Se incorporó un poco, apoyándose en un brazo.

—Nunca hablas de ti —dijo él—. Nunca. No sé nada de tu pasado. Ni de tu familia. Ni de lo que te importa.

Carol se recostó boca arriba, con las manos detrás de la cabeza.

—No necesitas saberlo.

—¿Por qué no?

Ella giró la cabeza hacia él, y su mirada tenía un filo que lo desarmó.

—Porque no es relevante.

Sandro sintió un escalofrío.
No de miedo.
De fascinación.

Carol era un misterio.
Un abismo elegante.
Y él estaba cayendo.

—A veces siento que no te conozco —dijo él, casi en un susurro.

—No necesitas conocerme —repitió ella—. Solo confiar en mí.

Sandro bajó la mirada.
Y se dio cuenta de que ya lo hacía.
Más de lo que debería.

Carol se incorporó, tomó su camisa del suelo y empezó a abotonarla con movimientos precisos.

—Hablando de confianza —dijo—. Mañana tienes reunión con el equipo de Buenos Aires. No firmes nada sin consultarme antes.

Sandro parpadeó.

—¿Por qué?

—Porque no te conviene. Y porque algunos contratos están mal redactados. Déjame revisarlos.

Él asintió sin pensarlo.
Era automático.
Natural.

Carol sonrió apenas, satisfecha.

—Bien. Así evitaremos problemas.

Sandro la observó mientras se vestía.
Cada gesto era calculado.
Cada palabra, medida.
Cada silencio, estratégico.

Y, aun así, él se sentía… protegido.
Deseado.
Necesitado.

O eso quería creer.

Cuando Carol terminó de arreglarse, se acercó a la cama y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Descansa —dijo—. Mañana será un día importante.

Sandro cerró los ojos un instante, dejándose llevar por el contacto.

Cuando los abrió, Carol ya estaba en la puerta, lista para marcharse.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó él.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Si es necesario.

Y salió.

La puerta se cerró con un clic suave.
Sandro se quedó solo en la habitación, con el corazón acelerado y la certeza de que, sin darse cuenta, había empezado a depender de ella.

Demasiado.

12

La comisaría estaba más silenciosa de lo habitual aquella mañana. Pedro y Silvia habían llegado antes que nadie, café en mano, repasando por enésima vez el anónimo recibido el día anterior. El vídeo. La acusación moral. La sombra que ahora se cernía sobre Sandro y Rita.

A las nueve en punto, ambos estaban ya en salas separadas.

Sandro en la sala 2.
Rita en la sala 4.

Dos puertas cerradas.
Dos historias que, por primera vez, iban a ser confrontadas.

Pedro y Silvia entraron en la sala 2.
Sandro estaba sentado, impecable como siempre, pero con los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Su mandíbula estaba tensa, como si llevara horas apretando los dientes.

Pedro dejó una carpeta sobre la mesa.

—Señor Vega —empezó—. Hemos recibido un anónimo.

Sandro frunció el ceño.

—¿Un anónimo?

Silvia abrió la carpeta y sacó una copia impresa del mensaje.

—Una acusación moral sobre su actividad en Argentina. Y… —sacó el pendrive— esto.

Sandro tragó saliva.

—¿Qué es eso?

Silvia conectó el pendrive al portátil.
El vídeo apareció en la pantalla.

Sandro palideció.

—Esto… esto no tiene nada que ver con Telma.

Pedro lo observó con frialdad.

—¿Tiene algún enemigo dentro de la clínica?

—No —respondió Sandro, demasiado rápido—. No que yo sepa.

—¿Por qué cree que le acusan? —preguntó Silvia.

—No lo sé. Pero esto… esto es una invasión de mi intimidad. No tiene nada que ver con el secuestro.

Pedro entrelazó las manos.

—¿Está seguro? ¿No hay nadie que quiera perjudicarle? ¿Alguien que pudiera haber contratado a un tercero para secuestrar a su hija?

Sandro golpeó la mesa con la palma abierta.

—¡No! ¡Por supuesto que no! Yo no tengo nada que ver con eso. Nada.

Silvia cerró el portátil.

—¿Dónde estaba ayer a las diez de la mañana?

—En la clínica —respondió Sandro, respirando hondo—. En el laboratorio.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Sí. Rita. Mi enfermera jefa. Estábamos trabajando juntos.

Pedro tomó nota.

—Lo comprobaremos. Y necesito una lista completa de todos los empleados de la clínica. Todos.

Sandro abrió los ojos, indignado.

—¿Me están considerando sospechoso?

Pedro lo miró sin pestañear.

—Estamos considerando todas las posibilidades.

Sandro apretó los puños.

—Esto es absurdo.

—Lo que es absurdo —respondió Silvia— es que alguien haya grabado esto en su despacho y lo haya enviado justo ahora. Alguien quiere hundirle. Y necesitamos saber quién.

En la sala 4, Rita estaba sentada con las manos entrelazadas, los nudillos blancos. Cuando Pedro y Silvia entraron, ella ya parecía al borde del colapso.

Silvia colocó el portátil sobre la mesa.

—Rita, hemos recibido un anónimo. Queremos que vea algo.

Cuando el vídeo empezó, Rita cerró los ojos.
Una lágrima le cayó por la mejilla.

—Por favor… —susurró—. No hagan público esto. Mi marido no sabe nada. Claudia tampoco.

Pedro la observó con atención.

—¿Tiene algún enemigo dentro de la clínica?

—No… no lo sé… —Rita se secó las lágrimas con el dorso de la mano —. Pero alguien nos odia. Alguien quiere destruirnos.

—¿Por qué cree que le acusan? —preguntó Silvia.

—No lo sé. No lo sé. Pero no tiene nada que ver con Telma. Somos culpables de adulterio… —su voz se quebró— pero no del rapto. Las imágenes del vídeo se grabaron la mañana del secuestro.

Pedro anotó algo.

—¿Estaba usted con Sandro a las diez de la mañana?

—Sí. En el laboratorio. Toda la mañana.

Silvia la observó con una mezcla de compasión y sospecha.

—¿Está segura de que nadie más sabía de su relación?

Rita negó con la cabeza, pero su expresión decía otra cosa: miedo.

—No… no lo sé. Pero alguien nos está vigilando. Alguien dentro de la clínica.

Y entonces se derrumbó.
Lloró sin poder contenerse.

Pedro cerró la carpeta.

—Gracias, Rita. Puede irse por ahora.

Pedro y Silvia se reunieron en el pasillo.

—Quiero un equipo en la clínica —dijo Pedro—. Que revisen el despacho de Sandro. Si hay una cámara, habrá más.

Silvia asintió.

—Y quiero esa lista de empleados cuanto antes. Alguien ahí dentro está jugando sucio.

Pedro respiró hondo.

—Y algo me dice que esto… —miró el pendrive— es solo el principio.

Silvia cruzó los brazos.

—Te lo dije ayer. Ese hombre no nos está diciendo toda la verdad.

Pedro asintió.

—Y ahora sabemos que alguien más tampoco.

13

La mañana en Buenos Aires estaba húmeda, pesada, con ese cielo blanco que presagia tormenta. En la recepción de la clínica, los empleados se quedaron en silencio cuando un hombre alto, de traje oscuro y credencial en mano, cruzó la puerta automática.

Carlos Vila, inspector de la Policía Federal Argentina, tenía unos cincuenta años, cabello entrecano y un rostro curtido por demasiados interrogatorios y pocas horas de sueño. Sus ojos, oscuros y atentos, parecían registrar cada detalle del lugar: las paredes impecables, el olor a desinfectante, el silencio tenso.

—Buenos días —dijo, mostrando la credencial—. Inspector Vila, PFA. Tenemos un exhorto del juez español. Necesito hablar con el director.

La recepcionista tragó saliva.

—El director aquí es el doctor David Vilchez. Lo llamaré.

David apareció minutos después, impecable como siempre: traje claro, sonrisa profesional, mirada calculada. Pero al ver la credencial de la PFA, su expresión se tensó apenas un milímetro.

—Inspector Vila —dijo, estrechándole la mano—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tenemos un exhorto internacional —respondió Vila, sin rodeos—. Una niña ha sido secuestrada en Barcelona. Queremos saber si existe alguna conexión con esta clínica.

David mantuvo la sonrisa, aunque sus ojos se oscurecieron.

—Por supuesto. Colaboraremos en todo lo necesario.

Vila abrió una carpeta.

—Necesito los contratos conflictivos de los últimos meses. Demandas, quejas, desacuerdos, cualquier caso que haya generado tensión con clientes o gestantes.

David respiró hondo.

—Eso lo lleva nuestra asesora legal, Carol Souza. Ella tiene todos los contratos. Yo puedo pedirle que prepare un informe.

—Prefiero hablar con ella —respondió Vila—. Y cuanto antes.

Pasó una página.

—También quiero preguntarle por un caso en particular. Paula River.

David sintió un pinchazo en el estómago. Él era el único que conocía la verdad sobre lo que le pasó, y no era bueno que la policía husmeara en el caso.
No lo mostró.

—¿Qué hay con ella?

—Su muerte. Su… suicidio —dijo Vila, sin suavizar la palabra—. ¿Hubo algún conflicto con la clínica?

David bajó la mirada un instante, como si buscara la respuesta correcta.

—Fue lamentable —dijo finalmente—. Pero a veces ocurre. Algunas gestantes tienen fragilidades previas. Nosotros hicimos todo lo

posible.

Vila lo observó con una calma inquietante.

—Lo investigaremos igual.

David sonrió, pero la sonrisa no llegó a los ojos.

—Por supuesto.

El interrogatorio terminó sin más palabras.
Pero el aire quedó cargado.

14

El despacho de Ramón Buendía estaba en un edificio sobrio del centro, con paredes de cristal esmerilado y muebles funcionales. Nada ostentoso. Nada que llamara la atención. Pedro y Silvia subieron en ascensor sin hablar, cada uno repasando mentalmente las preguntas que debían hacer.

Cuando la secretaria los hizo pasar, Ramón estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle con expresión cansada. Se giró al oírlos entrar.

—Agentes —dijo, intentando sonar firme—. Pasen, por favor.

Pedro tomó asiento sin quitarle los ojos de encima.
Silvia abrió su libreta.

—Señor Buendía —empezó Pedro—, gracias por recibirnos. Sabemos que está siendo un momento difícil.

Ramón asintió, aunque su mandíbula estaba tensa.

—Haré lo que haga falta para ayudar a encontrar a Telma.

Silvia cruzó las piernas, directa.

—Precisamente por eso estamos aquí. Necesitamos descartar todas las posibilidades. Incluidas las que puedan resultar incómodas.

Ramón frunció el ceño.

—¿Qué quieren decir?

Pedro apoyó las manos sobre la mesa.

—Queremos saber si usted tiene algún motivo, directo o indirecto, para desearle algún mal al señor Vega. O si alguien de su entorno podría tenerlo.

Ramón abrió los ojos, sorprendido.

—¿Yo? ¿O alguien de mi entorno? No. Por supuesto que no. ¿Cómo pueden pensar algo así?

—Tenemos que considerarlo todo —respondió Silvia, sin suavizar el tono—. En casos de secuestro, a veces hay conflictos familiares, económicos, personales… cualquier cosa puede ser relevante.

Ramón negó con la cabeza, visiblemente afectado.

—No tengo ningún conflicto con Sandro. No más allá de… —se detuvo, buscando las palabras— diferencias de carácter. Pero nada que pudiera llevar a algo así. Y desde luego, nadie de mi entorno haría algo semejante.

Pedro tomó nota.

—¿Dónde estaba usted la mañana del secuestro? A las diez.

—Aquí —respondió Ramón, señalando el despacho—. Toda la mañana. Mis empleados pueden confirmarlo. Mi secretaria también. No salí del edificio.

Silvia anotó la respuesta.

Ramón respiró hondo.

—Agentes… yo solo quiero que encuentren a esa niña. No sé por qué están mirando hacia mí, pero les aseguro que no tengo nada

que ver con esto.

Pedro cerró la libreta.

—Lo entendemos. Y agradecemos su colaboración. Eso es todo por ahora.

Ramón asintió, aunque su expresión mostraba una mezcla de desconcierto y preocupación.
Los acompañó hasta la puerta sin añadir nada más.

En el ascensor, Silvia soltó el aire que llevaba reteniendo.

—No parece implicado —dijo—. No sabe nada… o es muy buen actor. Está demasiado perdido. Demasiado… genuino.

Pedro se encogió de hombros.

—Aun así, hay que comprobar su coartada. Y la de todos los empleados.

Salieron del edificio y caminaron hacia el coche patrulla.

—Próxima parada: la clínica —dijo Pedro—. Si alguien grabó a Sandro, tuvo acceso directo a su despacho. Y eso nos da una lista muy concreta de sospechosos.

Silvia asintió.

—Y quiero hablar con cada uno de ellos. Uno por uno. Hasta que sepamos quién está jugando sucio.

Pedro abrió la puerta del coche.

—Porque quien haya enviado ese anónimo… sabe demasiado.

Y mientras arrancaban, ambos tuvieron la misma sensación:
la clínica no era solo un lugar de trabajo.
Era un laberinto de secretos.

Y alguien, desde dentro, había empezado a mover las piezas.

15

Carlos Vila subió por el ascensor con el ceño fruncido y el exhorto judicial doblado en el bolsillo interior de la chaqueta. El edificio estaba impecable, demasiado impecable, como si alguien hubiera pasado la noche puliendo cada superficie para que nada pareciera fuera de lugar.

La recepcionista lo condujo hasta el despacho de Carol Souza.

La abogada lo recibió de pie, con una sonrisa profesional y esa elegancia fría que parecía formar parte de su ADN. Traje oscuro, cabello recogido, mirada afilada. Nada en ella era casual.

—Inspector Vila —dijo, estrechándole la mano—. Me avisaron de su visita. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Tenemos un exhorto del juez español —respondió Vila, tomando asiento—. Necesito información sobre el funcionamiento de la clínica. Y sobre ciertos casos recientes.

Carol se acomodó en su silla con una calma casi quirúrgica.

—Por supuesto. Estoy aquí para colaborar.

—Empecemos por lo básico —dijo Vila—. ¿Cómo funciona exactamente el proceso aquí?

Carol entrelazó las manos sobre el escritorio.

—Las gestantes se ponen en contacto con nosotros a través de la página web. Después pasan un examen médico y psicológico. Si reúnen las condiciones, se las incorpora al programa.

—¿Y luego?

—Luego se firma un contrato —explicó ella, con voz firme—. En Argentina la gestación subrogada no está regulada, así que estos contratos son los que establecen las obligaciones de ambas partes. La más importante es que, al finalizar el embarazo, la gestante debe entregar al bebé a los padres intencionales. Todo queda por escrito. Todo es legal.

Vila tomó nota, aunque su expresión seguía siendo impenetrable.

—¿Y suelen tener incidentes?

Carol sonrió, pero sin suavidad.

—A veces. Como en cualquier actividad médica. Pero nada grave.

Vila levantó la vista.

—¿Como el caso de Paula River?

Por primera vez, Carol tardó un segundo en responder.

—Eso fue muy lamentable —dijo finalmente—. Paula tuvo una depresión muy fuerte. Nadie pudo prever lo que pasó. Pero no es lo habitual. La mayoría de los procesos se desarrollan sin problemas.

Vila la observó con atención.
Ella sostenía la mirada sin pestañear.

Demasiado perfecta.
Demasiado controlada.

—¿Puedo ver los contratos conflictivos de los últimos meses? —preguntó él.

—Por supuesto —respondió Carol—. Le prepararé un dossier con todo lo relevante.

—Lo antes posible —añadió Vila.

—Lo tendrá hoy mismo.

Cuando Vila salió del despacho, Carol cerró la puerta con suavidad.
Su expresión no cambió.
Pero sus ojos sí.

Había peligro.
Y lo había olido.

Mientras tanto, Vila caminaba por el pasillo con paso lento, repasando mentalmente cada palabra, cada gesto, cada silencio.

Había hecho cientos de interrogatorios en su vida.
Sabía cuándo alguien decía la verdad.
Y cuándo alguien decía *solo* lo que quería que él oyera.

Carol Souza pertenecía claramente al segundo grupo.

No tenía pruebas.
No tenía nada concreto.

Pero tenía algo que, en su oficio, valía más que cualquier documento:

una intuición.

Y esa intuición le decía que en esa clínica había algo turbio.
Algo que no aparecía en los contratos.

Algo que no figuraba en los informes médicos.
Algo que nadie quería que él encontrara.

Vila apretó el exhorto en el bolsillo.

—Si hay algo sucio —murmuró para sí—, lo voy a sacar a la luz.

Y salió del edificio con la certeza de que acababa de abrir una puerta que otros llevaban mucho tiempo intentando mantener cerrada.

La tarde caía sobre Buenos Aires con un cielo plomizo, y la clínica tenía ese ambiente extraño que aparece cuando algo no va bien, aunque nadie lo diga en voz alta. En recepción, una enfermera corrió hacia David en cuanto lo vio salir del ascensor.

—Doctor Vilchez, acaba de ingresar Sonia Coppola. Dice que siente presión, mareos… y los monitores están marcando irregularidades.

David frunció el ceño.

—¿Dónde está?

—Sala 3. La están estabilizando.

David caminó rápido por el pasillo, con pasos firmes y expresión neutra. Pero por dentro, una alarma silenciosa empezaba a sonar. Sonia era una de las gestantes más valiosas del programa: joven, sana, disciplinada… y embarazada de mellizos.

Mellizos que los padres no sabían que eran mellizos.
Y uno de ellos…
Bueno.
Eso era un problema para más adelante.

Entró en la sala.

Sonia estaba recostada en la camilla, pálida, con el cabello pegado a la frente por el sudor. Respiraba entrecortadamente. Una enfermera ajustaba el suero mientras otra revisaba el monitor fetal.

—Sonia —dijo David, acercándose con una sonrisa tranquilizadora—. Tranquila. Estoy aquí.

Ella lo miró con ojos asustados.

—Doctor… siento que algo no está bien. Me duele… y los bebés…

—Escúchame —interrumpió él, con voz suave pero firme—. Estás teniendo un episodio de estrés y tu cuerpo está reaccionando. Vamos a controlarlo. Los bebés están bien. Tú estás bien. No hay nada de qué preocuparse.

Sonia respiró un poco más despacio, aferrándose a sus palabras como si fueran una cuerda.

—¿Seguro?

—Seguro —repitió David—. Te vamos a dejar en observación unas horas. Solo eso.

Le dio una palmadita en el hombro y salió de la sala antes de que ella pudiera hacer más preguntas.

En su despacho lo esperaban los padres: una pareja de gays de unos cuarenta años, elegantes, nerviosos, sentados en los sillones de cuero como si estuvieran en la antesala de un sueño largamente esperado.

David entró con su sonrisa profesional perfectamente colocada.

—Perdón por la demora. Tuvimos un pequeño contratiempo con otra paciente. ¿Cómo están?

—Ansiosos —dijo uno de ellos—. Queremos saber cómo va todo. ¿Las ecografías están bien? ¿El embarazo progresa cómo debería?

David tomó asiento, cruzó las manos y adoptó su tono más tranquilizador.

—Todo va muy bien. Sonia está respondiendo de manera excelente al tratamiento. El embarazo avanza sin complicaciones.

No mencionó los mellizos.
No mencionó el síndrome de Down.
No mencionó que Sonia estaba en observación en ese mismo instante.

—¿Para cuándo está prevista la cesárea? —preguntó el otro.

—Será pronto —respondió David—. Les avisaremos con tiempo.

La pareja sonrió, aliviada.
David también sonrió.

Pero su sonrisa era otra cosa.
Una máscara.

La reunión terminó con apretones de manos y promesas de mantenerlos informados.

Cuando la puerta se cerró, David se quedó solo en su despacho. Se apoyó en el escritorio y exhaló lentamente.

Sonia estaba en riesgo.
Los mellizos eran un problema.
Y el síndrome de Down…
Eso era un problema mayor.

Pero no ahora.
No todavía.

—Cuando llegue el momento —murmuró para sí— ya veré qué hago.

Se enderezó, volvió a colocarse la sonrisa profesional y salió del despacho.

En esa clínica, las decisiones difíciles siempre se tomaban más adelante.
Siempre.

16

La tarde era fría y gris cuando Pedro y Silvia llegaron a la clínica de Barcelona. Desde la entrada ya se veía movimiento: dos técnicos de la unidad de delitos tecnológicos estaban desplegando maletines, cables y detectores de frecuencia. El ambiente tenía algo de quirófano y algo de escena del crimen.

Pedro mostró la placa al recepcionista.

—Inspector Durán. Venimos a interrogar al personal.

El recepcionista asintió, nervioso.

—Sí, sí… nos avisaron. Están todos en la sala de reuniones.

Silvia observó a los técnicos que ya habían entrado en el despacho de Sandro.

—¿Alguna novedad?

Uno de ellos negó con la cabeza.

—De momento nada. Si hay más cámaras, están muy bien escondidas.

Pedro frunció el ceño.

—Pues encontradlas.

El personal de la clínica estaba sentado en una sala amplia, con las sillas dispuestas en círculo. Algunos hablaban en voz baja; otros miraban el suelo. La tensión era palpable.

Pedro tomó la palabra.

—Vamos a llamarlos uno por uno. Las preguntas serán las mismas para todos.

Silvia añadió:

—Queremos saber si alguno de ustedes tiene algún conflicto con el doctor Vega o con la clínica. Y dónde estaban la mañana del secuestro de Telma Vega.

Las miradas se cruzaron.
Nadie quería ser el primero.

Las respuestas fueron casi idénticas:

—No tengo nada contra el doctor Vega.
—Estaba en mi puesto de trabajo.
—Puede preguntarles a mis compañeros.
—No sé nada de cámaras ni de anónimos.

Pedro tomaba notas sin levantar la vista.
Silvia observaba los gestos, los silencios, los titubeos.

Uno a uno, fueron entrando todos los empleados.
Todos parecían sinceros.
Todos parecían asustados.

Hasta que llegó Raquel Méndez.

Entró con paso firme, expresión neutra, uniforme impecable.
Se sentó sin mostrar nerviosismo.

—Señora Méndez —empezó Pedro—. ¿Tiene algo contra el doctor Vega o contra la clínica?

Raquel sonrió con educación.

—No, inspector. En absoluto. Mi relación con el doctor Vega es estrictamente profesional.

Silvia la observó con atención.
Raquel no parpadeaba.

—¿Dónde estaba la mañana del secuestro?

—En mi puesto, como siempre. Puede preguntarle a cualquiera de mis compañeras.

Pedro anotó algo.

—¿Sabe algo sobre cámaras ocultas en el despacho del doctor Vega?

Raquel abrió los ojos con fingida sorpresa.

—¿Cámaras? No. No tenía ni idea. ¿Eso es… legal?

Silvia detectó un matiz teatral, pero nada más.
Raquel era buena.
Muy buena.

—Gracias —dijo Pedro—. Puede retirarse.

Raquel salió con la misma calma con la que había entrado.
Sin mirar atrás.

Cuando terminaron los interrogatorios, Pedro y Silvia se reunieron con los técnicos.

—¿Algo? —preguntó Silvia.

El jefe del equipo negó con la cabeza.

—Nada. Ni cámaras, ni micrófonos, ni transmisores. Si alguien puso una cámara aquí, ya la retiró.

Pedro apretó los labios.

—O sabía exactamente cómo ocultarla.

Silvia miró alrededor del despacho: la mesa, las estanterías, los cuadros, la lámpara de pie. Todo parecía normal. Demasiado normal.

—Esto no lo ha hecho un aficionado —dijo.

Pedro asintió.

—Y quien lo hizo… conoce bien la clínica.

Al salir al pasillo, Silvia revisó sus notas.

—Nadie ha dicho nada útil.

—O todos mienten —respondió Pedro.

—No todos —dijo ella—. Pero alguien sí.

Pedro miró hacia la sala donde el personal seguía reunido, murmurando entre ellos.

—Hay que averiguar quién grabó ese vídeo. Y por qué lo envió justo ahora.

Silvia cerró la libreta.

—Y te aseguro una cosa, Pedro.
El que lo hizo… está aquí dentro.
Y no va a ser fácil sacarlo a la luz.

Pedro asintió, con la mirada fija en la puerta del despacho de Sandro.

—Pero lo haremos.

Pedro y Silvia regresaron a la comisaría pasadas las seis de la tarde, agotados tras la ronda de interrogatorios en la clínica. El edificio estaba en ese momento del día en que el ruido baja, las luces parecen más frías y el cansancio se pega a las paredes.

Nada más entrar, un agente se acercó con una carpeta gruesa bajo el brazo.

—Inspectores —dijo—. Esto acaba de llegar de la clínica Vega. Dicen que son los casos potencialmente conflictivos de los últimos meses.

Pedro tomó la carpeta, sorprendido por el peso.

—¿Tanto conflicto tienen?

—O tanta necesidad de parecer colaborativos —murmuró Silvia.

Se dirigieron a la sala de reuniones, donde se sentaron frente a la mesa metálica. Pedro abrió la carpeta. Dentro había tres expedientes señalados con post its de colores.

Silvia leyó los encabezados.

—Bueno… al menos han sido selectivos.

1. Caso "Marina López" — *Retraso en la entrega del bebé*

Marina López, gestante argentina residente en Buenos Aires, había firmado un contrato con una pareja francesa. El embarazo se desarrolló sin problemas, pero en el momento del parto Marina se negó a entregar al bebé durante las primeras 48 horas, alegando un "vínculo emocional inesperado".

La pareja amenazó con denunciar.
La clínica intervino.
Finalmente, Marina cedió.

Silvia frunció el ceño.

—Esto podría haber generado resentimiento. O miedo. O ambas cosas.

Pedro tomó nota.

2. Caso "Familia Roldán" — *Disputa económica por complicaciones médicas*

Una pareja de Madrid había contratado un proceso de subrogación que terminó con complicaciones médicas para la gestante. La clínica les exigió un pago adicional por los cuidados intensivos, alegando que el contrato lo contemplaba.

La pareja se negó.
Hubo abogados.
Hubo amenazas.
Finalmente, llegaron a un acuerdo extrajudicial.

Pedro levantó una ceja.

—Dinero, abogados y amenazas. Un cóctel perfecto para generar enemigos.

3. Caso "Lucía Herrera" — *Abandono del proceso y ruptura del contrato*

Lucía Herrera, gestante de 27 años, abandonó el proceso en el segundo trimestre alegando "presiones psicológicas" por parte de la clínica. El contrato se rompió, pero la clínica le exigió devolver parte del dinero recibido como compensación inicial.

Lucía se negó.
La clínica la demandó.
El caso estaba aún en curso.

Silvia cerró el expediente.

—Este es el más feo. Si alguien guarda rencor, podría ser ella.

Pedro asintió.

—O alguien de su entorno.

Pedro reunió a dos agentes de su unidad.

—Quiero que reviséis estos tres casos. Hablad con todos: gestantes, padres, abogados, vecinos, quien sea. Necesito coartadas sólidas para la mañana del secuestro.

Silvia añadió:

—Y comprobad si alguno de ellos tiene relación con la clínica más allá de lo que aparece aquí. Empleados, proveedores, amistades… cualquier vínculo.

Los agentes asintieron y salieron con los expedientes bajo el brazo.

Pedro se dejó caer en la silla.

—Tres casos. Tres posibles motivos. Y ninguno claro.

Silvia cerró la carpeta.

—Pero ya tenemos algo. Y eso es más de lo que teníamos ayer.

Pedro miró el reloj.

—A ver si entre estos tres aparece el que grabó el vídeo.

Silvia negó con la cabeza.

—No lo creo. Quien grabó a Sandro lo hizo desde dentro. Y sabía exactamente lo que buscaba.

Pedro suspiró.

—Entonces habrá que seguir cavando.

Silvia recogió su libreta.

—Y cuanto más cavemos, más mierda saldrá.

Pedro sonrió sin humor.

—Bien. Eso significa que estamos cerca.

17

Martín Ledesma llevaba toda la tarde recorriendo pasillos, tomando notas y grabando declaraciones inocuas que no aportaban nada. La clínica tenía ese brillo aséptico que él ya conocía demasiado bien: el brillo de los lugares donde todo parece perfecto porque alguien se ha esforzado mucho en ocultar lo que no lo es.

Había hablado con dos enfermeras, un administrativo y un médico joven que repetía frases de manual como si las hubiera memorizado esa misma mañana. Nada. Ni una grieta. Ni un gesto fuera de lugar.

Hasta que ocurrió.

Martín giró una esquina del pasillo y chocó de frente con una enfermera que venía en dirección contraria. Ella soltó un pequeño grito ahogado y las carpetas que llevaba se desparramaron por el suelo.

—Perdón, perdón —dijo Martín, agachándose de inmediato.

—No, la culpa fue mía —respondió ella, nerviosa.

Era una mujer de unos treinta y tantos, rostro cansado, ojeras profundas.

Ambos recogieron los papeles en silencio.
Cuando terminaron, la enfermera le tendió un sobre blanco.

—Tenga —dijo, con una voz demasiado baja—. Esto es suyo.

Martín frunció el ceño.

—¿Mío? Yo no…

Pero ella ya se había dado la vuelta.
Se alejó por el pasillo con paso rápido, casi tembloroso, sin mirar atrás.

Martín se quedó quieto unos segundos, con el sobre en la mano.
No tenía su nombre.
No tenía sello.
No tenía nada.

Solo un sobre blanco, ligero, inquietante.

Lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y siguió con su trabajo, aunque ya no escuchaba lo que le decían. Su mente estaba en otra parte.

Cuando salió a la calle, el aire húmedo de Buenos Aires le golpeó la cara. Caminó hasta la esquina, se apoyó en una pared y abrió el sobre.

Dentro había una sola hoja doblada en dos.

La desplegó.

"Tengo una información muy importante que le puede interesar.
No comente esto con nadie.
Dentro de cuatro días tengo mi día libre.
Le espero en el Parque Lezama a las 10 de la mañana, y se la daré.
Venga solo, sin cámaras."

No había firma.
No había iniciales.
No había nada que permitiera identificar al autor.

Martín leyó la nota dos veces.
Tres.

Luego guardó el papel en su libreta, respiró hondo y miró hacia la clínica, que desde fuera parecía un edificio perfectamente normal.

—Bueno… —murmuró para sí, con una sonrisa torcida—. Parece que la mierda oculta bajo la alfombra empieza a salir.

Y por primera vez desde que empezó el reportaje, sintió que estaba a punto de encontrar algo de verdad.

Algo grande.

18

La casa estaba en silencio cuando Sandro entró, pero no era un silencio tranquilo. Era un silencio denso, cargado, como si las paredes hubieran escuchado la llamada que él acababa de recibir.

Cerró la puerta con manos temblorosas.

El teléfono fijo de la clínica había sonado apenas una hora antes.
Una voz distorsionada.
Fría.
Sin titubeos.

“Dos millones de euros. Billetes de distinto valor. Mañana.
Y ni se le ocurra avisar a la policía.
Si lo hace, la niña muere.”

Luego le daba instrucciones precisas.

Sandro aún sentía el eco de esas palabras en el pecho.

Claudia estaba en el salón, de pie, con los brazos cruzados. Había estado llorando, pero ahora solo quedaba la rabia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto lo vio entrar—. Te veo la cara, Sandro. ¿Qué ha pasado ahora?

Sandro tragó saliva.

—Han llamado.

Claudia se quedó inmóvil.

—¿Quién?

—Los secuestradores.

Ella se llevó una mano a la boca.

—¿Qué… qué han dicho?

Sandro respiró hondo, como si cada palabra fuera un peso.

—Quieren dos millones de euros. Mañana. Y han dicho que no avisemos a la policía.

Claudia dio un paso hacia él, con los ojos muy abiertos.

—Entonces no avisaremos. Prepararemos el dinero. Lo llevaremos. Lo que haga falta.

—Claudia, no podemos hacer eso.

—¡Claro que sí! —gritó ella, perdiendo el control—. ¡Es nuestra hija! ¡Si quieren dinero, se lo daremos!

Sandro negó con la cabeza.

—Es demasiado peligroso. Si vamos solos, si hacemos lo que dicen… no tenemos ninguna garantía de que nos la devuelvan. Tenemos que avisar a la policía. Ellos saben cómo manejar esto.

Claudia lo miró como si no lo reconociera.

—¿La policía? ¿Otra vez? ¿Para qué? ¿Para que te interroguen otra vez? ¿Para que vuelvan a venir a la clínica? ¿Para que sigan pensando que tú tienes algo que ver?

Sandro apretó los puños.

—No tengo nada que ver con esto.

—Ah, ¿no? —Claudia dio un paso más, temblando—. ¿Y por qué te interrogan tanto? ¿Por qué estuvieron hoy en la clínica? ¿Por qué? ¿Qué has hecho, Sandro? ¿Qué has hecho para que alguien nos haga esto?

Sandro sintió el golpe como si fuera físico.

—Claudia… por favor…

—¡Es culpa tuya! —soltó ella, rompiéndose por completo—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Si Telma no vuelve será culpa tuya!

Sandro cerró los ojos.
No porque creyera que era verdad, sino porque escucharla decirlo le atravesaba el alma.

Claudia empezó a llorar, primero en silencio, luego con sollozos descontrolados. Se dejó caer en el sofá, hundiendo la cara entre las manos.

Sandro se acercó despacio.

—Claudia… tenemos que pensar con claridad. Si hacemos lo que dicen sin avisar a nadie, podemos perderla para siempre. La policía tiene protocolos. Saben cómo manejar secuestros. No podemos hacerlo solos.

Ella no respondió.
Solo lloraba.

Sandro la miró unos segundos, con el corazón encogido.

Luego sacó el móvil.
Marcó el número de Pedro Durán.

—Inspector… soy Sandro Vega.
Han llamado.

Tenemos que hablar.

Y mientras Claudia seguía llorando en el sofá, Sandro sintió que, por primera vez desde el secuestro, el miedo se convertía en algo más: una certeza.

La situación acababa de cambiar.
Y ya no había vuelta atrás.

Silvia abrió la puerta de casa pasadas las once.
La luz de la cocina estaba encendida, pero el resto del piso estaba en penumbra. Se quitó los zapatos sin hacer ruido, como si temiera despertar algo frágil.

Ana estaba sentada a la mesa, con un plato vacío delante y una revista doblada a un lado. No levantó la vista cuando Silvia entró.

—Lo siento —dijo Silvia, dejando las llaves en la encimera—. Se nos ha hecho tarde.

Ana se encogió de hombros.

—Puedo calentarte la cena si quieres.

Silvia negó con la cabeza, pero luego, al ver la expresión de Ana, cedió.

—Bueno… sí. Un poco.

Ana se levantó sin decir nada y metió el plato en el microondas. El zumbido llenó el silencio, un silencio espeso, incómodo, que parecía tener bordes afilados.

Silvia se apoyó en la encimera, agotada.

—Ha sido un día terrible —murmuró—. Ya han pedido el rescate. Hemos estado preparando todo el operativo. No te imaginas…

Ana no la dejó terminar.

—Hoy me dieron información sobre la subrogación en Colombia.

Silvia cerró los ojos un instante.

—Ana… por favor. Hoy no.

—Es barato —continuó Ana, como si no la hubiera oído—. Y con garantías. Hay clínicas muy buenas. Podríamos…

—Ana —repitió Silvia, más firme—. No puedo hablar de eso ahora. De verdad.

El microondas pitó.
Ana sacó el plato y lo dejó delante de Silvia sin mirarla.

—Siempre es "ahora no". Siempre estás cansada. Siempre hay un caso. Siempre hay una excusa.

Silvia apretó los dientes.

—No es una excusa. Hoy han pedido el rescate de una bebé secuestrada. ¿Puedes entender lo que significa eso?

Ana cruzó los brazos.

—¿Y yo puedo entender lo que significa querer un hijo y que tu pareja no quiera ni hablar del tema?

Silvia sintió el golpe.
No era nuevo, pero dolía igual.

—No es tan simple —dijo, bajando la voz.

—Sí que lo es —respondió Ana—. Yo quiero formar una familia. Tú no. Y cada día que pasa estamos más lejos.

Silvia apartó el plato.
No tenía hambre.
Tenía un nudo en el estómago.

—No quiero perderte —dijo, casi en un susurro.

Ana la miró por fin.
Sus ojos estaban húmedos, pero no lloraba.

—Entonces decídete, Silvia. Porque yo no puedo seguir viviendo en pausa.

Silvia respiró hondo.
Muy hondo.

—Necesito tiempo —dijo al fin—. Solo eso. Tiempo. No puedo pensar con claridad ahora. No puedo. Dame unos días. Por favor.

Ana la observó largo rato, como si buscara una grieta, una señal, algo.

Finalmente asintió, aunque sin convicción.

—Unos días —repitió—. Pero no muchos.

Silvia bajó la mirada.
Sabía que ese "no muchos" era una cuenta atrás silenciosa.

Y que, si no encontraba una respuesta pronto, no solo podría perder a Ana…
sino también la vida que habían construido juntas.

19

ARGENTINA, 16 MESES ANTES

La noche había caído sobre Buenos Aires con un calor húmedo que se pegaba a la piel. En la clínica, los pasillos estaban casi vacíos, iluminados por luces blancas que parecían demasiado frías para una hora tan tardía.

En la sala 3, Paula River respiraba con dificultad.

Estaba sentada en la camilla, encorvada, con las manos temblorosas apoyadas en el vientre. Sus ojos estaban muy abiertos, como si algo invisible la persiguiera desde dentro. El monitor cardíaco marcaba un ritmo acelerado, irregular.

La enfermera de turno —la misma que llevaba semanas cuidándola— se acercó despacio.

—Paula… mírame. Respira conmigo. Inhala… exhala… así, despacio.

Paula intentó seguirla, pero un sollozo le cortó la respiración.

—No puedo… no puedo… —jadeó—. Algo va a pasar. Lo sé. Lo sé.

La enfermera le tomó la mano.

—Estás teniendo otro ataque de pánico. Ya te pasó antes. Va a pasar. Estoy aquí contigo.

Paula cerró los ojos con fuerza, como si quisiera expulsar el miedo a la fuerza. Poco a poco, su respiración empezó a estabilizarse. El temblor disminuyó. El monitor volvió a un ritmo más regular.

La enfermera suspiró, aliviada.

—¿Mejor?

Paula asintió, aunque sus ojos seguían brillando con un miedo profundo, casi animal.

—Tengo que pedirte algo —dijo de pronto, con voz baja, urgente.

La enfermera frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

Paula metió la mano bajo la almohada y sacó un sobre blanco, grueso, cerrado con cinta adhesiva. Lo sostuvo con ambas manos, como si pesara más de lo que parecía.

—Toma —dijo, extendiéndoselo—. Guárdalo. Ocúltalo.

La enfermera lo tomó, desconcertada.

—¿Qué es esto?

Paula la miró fijamente, con una intensidad que la hizo estremecerse.

—Si algún día me pasa algo… entrégaselo a la policía.
No antes.
No a nadie más.
¿Entiendes?

La enfermera abrió la boca para responder, pero Paula la interrumpió.

—Promételo.

Hubo un silencio breve, tenso, cargado de algo que la enfermera no sabía nombrar.

Finalmente, ella asintió.

—Te lo prometo.

Paula se recostó despacio, agotada, como si aquel acto —entregar el sobre— le hubiera drenado las últimas fuerzas.

La enfermera guardó el sobre en el bolsillo de su bata.

Y por primera vez desde que empezó a trabajar en la clínica, tuvo miedo.

Un miedo real.
Un miedo que no sabía explicar.

La habitación del hotel estaba en penumbra, iluminada solo por la luz tenue que entraba desde la calle. El aire aún conservaba el calor de los cuerpos, y las sábanas estaban revueltas, testigos mudos de lo que había ocurrido minutos antes.

Sandro estaba tumbado boca arriba, respirando despacio, con el pecho aún agitado. Sentía una mezcla de euforia y vértigo, como si hubiera cruzado una frontera invisible. A su lado, Carol permanecía recostada de lado, con la sábana cubriéndole apenas la cintura, el cabello suelto sobre la almohada.

Ella parecía tranquila.
Demasiado tranquila.
Como siempre.

Sandro la miró, fascinado.

—A veces pienso… —empezó, dudando— que debería dejarlo todo.

Carol no se movió.
Ni un parpadeo.

—¿Todo?

—A Claudia —dijo él, casi en un susurro—. Mi vida con ella. Mi… estabilidad. Todo lo que tengo es gracias a ella, pero… —se pasó una mano por la cara— contigo siento algo distinto. Algo que no sentía desde hace años.

Carol siguió mirándolo, inmóvil, como si lo analizara.

—No necesito que dejes nada —dijo finalmente, con voz suave pero firme—. Solo necesito que confíes en mí.

Sandro sintió un vuelco en el pecho.
Interpretó esas palabras como una declaración.
Como amor.

—Confío en ti —dijo, acercándose un poco más—. Más de lo que debería.

Carol sonrió apenas, una curva mínima en los labios.

—Eso es suficiente.

Sandro se incorporó un poco, apoyándose en un codo.

—Nunca me hablas de tu vida —dijo—. Nunca. No sé nada de tu pasado. De dónde vienes. De quién eras antes de conocerte.

Carol desvió la mirada hacia el techo.
Por primera vez, algo en su expresión cambió.
No era vulnerabilidad.
Era… cálculo.
Una decisión.

—Tuve un marido —dijo, con voz baja—. Me maltrataba.

Sandro sintió un golpe en el estómago.

—¿Qué? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Porque no es relevante —respondió ella—. Ya no forma parte de mi vida. Lo dejé atrás. Como deberías dejar tú lo que te hace daño.

Sandro la miró, conmovido.
Ella no lloraba.
No temblaba.
No mostraba dolor.

Pero él interpretó su serenidad como fortaleza.
Como una confesión íntima.
Como un puente entre ellos.

—No sabía… —murmuró—. Lo siento.

Carol volvió a mirarlo, esta vez con una suavidad que parecía ensayada.

—No necesito que sientas nada por mí. Solo que estés conmigo cuando sea necesario.

Sandro asintió, convencido de que acababa de recibir un pedazo de su alma.
Sin darse cuenta de que Carol solo había abierto la puerta lo justo.
Lo suficiente para que él siguiera cayendo.

Y lo suficiente para que, cuando llegara el momento, ella pudiera guiar sus decisiones sin tener que pedírselo.

20

Barcelona brillaba bajo el sol con un aire extraño, demasiado quieto para una ciudad como aquella. Claudia conducía con las manos rígidas sobre el volante, siguiendo al pie de la letra las instrucciones que Pedro y Silvia le habían dado horas antes.

El dinero —dos millones de euros en billetes de distintos valores— iba en una bolsa negra en el asiento trasero.
La policía había colocado transmisores discretos en la bolsa y en su ropa.
La habían monitorizado desde que salió de casa.

Aun así, Claudia no podía dejar de temblar.

"Por fin voy a recuperar a mi niña."
Ese pensamiento era lo único que la mantenía en pie.

Giró desde la calle Consejo de Ciento hacia la primera entrada del parking subterráneo del Paseo de Gracia.
Las luces fluorescentes del interior parpadearon al recibirla, como si la ciudad misma contuviera la respiración.

Claudia avanzó despacio, siguiendo las marcas en el suelo.

Y entonces lo vio.

Un hombre salió de entre dos coches.
Llevaba una gorra de visera y una media cubriéndole el rostro.
Se acercó sin dudar, abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado.

Claudia se quedó paralizada.

El hombre levantó una pistola.
La apuntó directamente.

En la otra mano sostenía un pequeño aparato negro, del tamaño de un móvil.

Un detector de frecuencia.

Lo acercó al cuerpo de Claudia.
El aparato emitió un pitido agudo.

—Os dije que no avisarais a la policía —dijo con voz distorsionada.

Claudia sintió cómo el mundo se le hundía bajo los pies.

El hombre giró el detector hacia la bolsa del dinero.
El pitido volvió a sonar.

—No volverás a ver a tu hija.

Abrió la puerta de golpe y salió corriendo entre los coches, moviéndose con rapidez, como si conociera el parking de memoria.

Claudia reaccionó tarde, pero reaccionó.
Salió del coche y echó a correr detrás de él, gritando con desesperación:

—¡No le hagas nada a mi hija!

Su voz resonó en el parking vacío, rebotando contra las columnas.

El hombre se giró al oírla.
Vio que no podía deshacerse de ella.
Levantó el arma.

Dos disparos secos rompieron el silencio.

Claudia cayó al suelo.

Todo ocurrió en segundos.
Sin detalles.
Sin tiempo para comprender.

Cuando Pedro y Silvia llegaron, alertados por el súbito corte de señal de los transmisores, encontraron a los agentes ya acordonando la zona.
Claudia yacía inmóvil, rodeada de luces azules y ecos de órdenes policiales.

Pedro se quedó helado.
Silvia sintió que el aire le faltaba.

—¿Cómo han podido detectar los transmisores? —murmuró Pedro, incrédulo.

Silvia negó con la cabeza, con el rostro desencajado.

—Alguien les ha enseñado cómo hacerlo.
Alguien que sabe exactamente cómo trabajamos.

Y mientras el equipo forense llegaba, ambos comprendieron que el secuestro acababa de entrar en una fase mucho más oscura.

Una fase en la que ya no había margen para errores.

21

La casa estaba en penumbra.
Las luces del salón seguían encendidas, pero nadie hablaba.
Nadie podía.

Sandro estaba sentado en el borde del sofá, con las manos entrelazadas y la mirada perdida en el suelo. No había llorado. No podía. Era como si el cuerpo se le hubiera vaciado por dentro, como si ya no quedara nada que pudiera romperse.

Frente a él, los padres de Claudia ocupaban los sillones.
Elvira lloraba sin consuelo, con un pañuelo arrugado entre las manos.
Enrique, en cambio, permanecía rígido, con la espalda recta y los ojos clavados en Sandro.

Un silencio espeso llenaba la habitación.
Solo se oían los sollozos de Elvira, entrecortados, dolorosos.

Sandro intentó hablar, pero la voz no le salía.
Claudia había muerto.
Telma seguía desaparecida.
Y él no sabía qué iba a pasar con el bebé.

No sabía nada.
Solo sentía un peso insoportable en el pecho.

Enrique se inclinó hacia adelante, con el rostro endurecido por la rabia y el dolor.

—Todo ha sido culpa tuya —dijo, sin levantar la voz, pero con una frialdad que heló la habitación—. Si recuperamos a Telma… no quiero saber nada más de ti.

Sandro cerró los ojos.
No respondió.
No podía.

Se levantó despacio, como si cada movimiento le costara un esfuerzo inmenso, y subió las escaleras sin mirar atrás.
Elvira lloraba más fuerte.
Enrique no se movió.

En su despacho, Sandro cerró la puerta y apoyó la frente en la madera.
Respiró hondo.
Una vez.
Dos.

Luego fue hacia el escritorio.
Abrió el cajón inferior.
Retiró una carpeta.
Y con manos temblorosas levantó el doble fondo que él mismo había colocado meses atrás.

Allí estaba.
El móvil de prepago.

El que nadie conocía.
El que nunca debía usar.

Pero ahora ya nada importaba.

Lo encendió.
Marcó el número de memoria.
Esperó.

Carol respondió al segundo tono.

—¿Sandro?

Él tragó saliva.
La voz le salió rota.

—Ha pasado algo terrible.

Le contó lo ocurrido.
La llamada.
El intercambio.
El detector.
Los disparos.
La muerte de Claudia.

Hubo un silencio breve al otro lado.
Un silencio que no era de sorpresa, sino de cálculo.

—Voy a Barcelona —dijo Carol, con una calma que a Sandro le pareció un salvavidas—. En el primer avión que salga.

Sandro cerró los ojos.
Por primera vez desde que todo empezó, sintió que alguien estaba a su lado.
O creyó sentirlo.

—Gracias —susurró.

—No te muevas de casa —respondió ella—. Llego en cuanto pueda.

La llamada terminó.

Sandro dejó el móvil sobre la mesa y se hundió en la silla, con la cabeza entre las manos.

Claudia estaba muerta.
Telma seguía desaparecida.
Y él ya no sabía en quién confiar.

Pero Carol venía.
Y eso, en su estado, le pareció lo único que aún podía sostenerlo.

22

La comisaría estaba en silencio cuando Pedro y Silvia regresaron a su despacho. El cansancio les pesaba en los hombros, pero lo que más dolía era la culpa.

—¿Cómo hemos podido ser tan ingenuos? —murmuró Silvia, dejándose caer en la silla.

Pedro no respondió.
No hacía falta.
Los dos sabían que habían cometido un error que jamás podrían borrar.

Pero también sabían que no podían quedarse ahí.

—Tenemos que seguir —dijo Pedro al fin—. Ahora esto ya no es solo un secuestro. Es un asesinato. Y vamos a encontrar al responsable.

Silvia asintió, con la mirada endurecida.

—Ramón está en camino.

Ramón entró en la sala con el rostro desencajado. No había dormido. No había comido. Y aun así, su expresión era más de rabia que de miedo.

Pedro colocó el portátil sobre la mesa.

—Siéntese.

Ramón obedeció.

Silvia abrió el vídeo.
El vídeo del despacho de Sandro.
El vídeo que lo había cambiado todo.

Ramón lo vio entero sin pestañear.
Cuando terminó, bajó la mirada.

Pedro habló primero.

—¿Sabía usted esto?

Ramón tardó unos segundos en responder.

—No.

—¿Quién puso la cámara? —preguntó Silvia.

Ramón apretó los puños.

—Fui yo.

Silvia lo miró fijamente.

—¿Y el anónimo?

—También yo.

Pedro se inclinó hacia adelante.

—¿Por qué?

Ramón levantó la vista. Sus ojos estaban llenos de odio, pero también de humillación.

—Porque quería que pagaran. Los dos. Quería que se supiera lo que hacían. Quería arruinarles la vida. Eso es todo.

—¿Tiene algo que ver con el secuestro? —preguntó Silvia.

—No —respondió Ramón, sin dudar—. No tengo nada que ver con eso. Solo quería vengarme. Nada más.

Pedro intercambió una mirada con Silvia.

—Queda detenido —dijo él—. En espera de su abogado.

Ramón no protestó.
No dijo nada.
Solo bajó la cabeza.

El abogado de Ramón llegó con rapidez.
Argumentó falta de pruebas.
Argumentó que la instalación de una cámara no lo convertía en secuestrador.
Argumentó que no había indicios de participación en el rapto.

Y Ramón quedó en libertad provisional.

Salió de la comisaría sin mirar atrás.

Raquel vivía en un piso pequeño, discreto, en una calle tranquila.
Cuando abrió la puerta y vio a Ramón, se quedó inmóvil.

—¿Qué haces aquí?

Ramón entró sin pedir permiso.
Cerró la puerta.
Se quedó de pie en medio del salón, respirando hondo.

—Me han detenido —dijo—. Por lo del vídeo.

Raquel palideció.

—¿Qué has dicho?

—La verdad —respondió él—. Que lo puse yo. Que envié el anónimo. Que quería vengarme.

Raquel lo miró con una mezcla de miedo y alivio.

—¿Y… lo de la cámara?

Ramón se acercó a ella.

—Te he encubierto. No saben que fuiste tú quien la colocó. No tienen ni idea. Puedes estar tranquila.

Raquel cerró los ojos un instante.
Cuando los abrió, había algo distinto en ellos.
Algo oscuro.
Algo que no estaba ahí antes.

—Gracias —susurró.

Ramón la observó.
Y por primera vez, se dio cuenta de que compartían algo más que una aventura clandestina.

Compartían un enemigo.
Compartían un resentimiento.
Compartían un motivo.

—No te preocupes —dijo él—. Nadie sospecha de ti.

Raquel asintió, pero su mirada se desvió hacia la ventana, como si temiera que alguien pudiera estar escuchando.

Ramón se acercó más.

Y la besó.

Luego Raquel apoyó la cabeza en su pecho.

Ambos tenían motivos para odiar a Sandro.
Ambos tenían motivos para querer hacerle daño.

Ambos tenían motivos para ser los autores del rapto.

23

ARGENTINA, 16 MESES ANTES

Paula llevaba días sin dormir.
Días sintiendo que algo se cerraba sobre ella, como una red invisible.
Días convencida de que, si no hacía algo pronto, perdería a su bebé para siempre.

Aquella tarde, mientras la clínica parecía sumida en su rutina habitual, Paula tomó una decisión.
La decisión.

Esperó.
Observó.
Contó los pasos de las enfermeras, los cambios de turno, los momentos en que el pasillo quedaba vacío.

Y cuando por fin llegó el instante, se levantó de la cama con el corazón golpeándole el pecho y se deslizó hacia la puerta de servicio.
La misma que usaban los proveedores.
La misma que casi nadie vigilaba.

La abrió con cuidado.
El aire de la calle le golpeó la cara como una bofetada de libertad.

Corrió.
No sabía hacia dónde.
Solo sabía que tenía que alejarse.

Lo que Paula no sabía —lo que nadie le había explicado— era que al ingresar le habían colocado un brazalete "de control médico", supuestamente para monitorizar su estado.
Un brazalete que no podía quitarse.
Un brazalete que llevaba un transmisor.

Pero en ese momento, ella solo sentía alivio.
Por primera vez en semanas, respiraba sin miedo.

Paula encontró refugio en una pensión barata de la avenida Rivadavia.
Una habitación pequeña, con paredes desconchadas y una cama que crujía al menor movimiento.
Pero era un lugar donde nadie la conocía.

Marcó el número de su hermana con manos temblorosas en el teléfono de la mesita de noche.

—Sofía… soy yo.

Hubo un silencio al otro lado, seguido de un suspiro ahogado.

—Paula, ¿dónde estás? ¿Qué pasa?

Paula se sentó en la cama, abrazándose el vientre.

—No quiero entregarlo —dijo, con la voz rota—. No puedo. No puedo.

Sofía tardó unos segundos en responder.

—Voy para allá. Dime dónde estás.

Paula le dio la dirección.
Colgó.
Se quedó mirando la puerta, como si temiera que alguien pudiera atravesarla en cualquier momento.

En la clínica, el caos estalló cuando descubrieron que Paula no estaba en su habitación.

—No puede haber ido lejos —dijo uno de los supervisores—. Activad el rastreo.

El brazalete emitió una señal clara.
Precisa.
Inconfundible.

En menos de veinte minutos, un coche de la clínica se detuvo frente a la pensión.

Subieron las escaleras.
Golpearon la puerta.
No esperaron respuesta.

Paula se levantó de un salto, pero ya era tarde.

Entraron dos hombres y una enfermera.
La enfermera que la había atendido tantas noches.

—Paula… —dijo ella, con un tono suave que no coincidía con la firmeza de sus manos—. Tienes que venir con nosotros. Es por tu seguridad.

Paula retrocedió, temblando.

—No… por favor…

Pero no había salida.
La tomaron de los brazos con cuidado, pero sin dejar opción.
La condujeron hacia el coche.

La enfermera evitó mirarla a los ojos.

La clínica la recibió con la misma luz fría de siempre.
La misma sensación de encierro.
La misma certeza de que nadie la escucharía.

La llevaron a su habitación.
Le cerraron la puerta.

Paula se sentó en la cama, con el corazón destrozado.

Había intentado escapar.
Había intentado salvar a su bebé.

Pero en aquel lugar, nadie escapaba.
Nadie decidía nada.

Y ella lo sabía.

La habitación del hotel estaba en penumbra, iluminada solo por la luz cálida de las lámparas laterales. Las sábanas revueltas, el aire aún cargado, y el silencio posterior a la pasión envolvían el espacio como una burbuja suspendida en el tiempo.

Sandro estaba tumbado boca arriba, respirando despacio, con el cuerpo todavía vibrando por la intensidad del encuentro. A su lado, Carol descansaba apoyada en su pecho, más cerca de lo habitual,

más suave, más presente. Su mano dibujaba círculos lentos sobre la piel de él, un gesto íntimo que nunca antes había tenido.

Sandro sintió que algo había cambiado.
Que la distancia habitual de Carol se había desvanecido.
Que por fin se estaba abriendo.

—Estás distinta —murmuró él, acariciándole el cabello—. Más… no sé… conmigo.

Carol no respondió.
Solo levantó la cabeza y lo miró con una expresión que Sandro interpretó como ternura.
Él sintió que la relación se profundizaba, que por fin avanzaban hacia algo más que encuentros clandestinos.

Ella se incorporó un poco, apoyándose en un codo.
La sábana le caía sobre la cintura, y su silueta recortada por la luz parecía deliberadamente perfecta.

—Sandro —dijo con voz baja—. Tengo algo importante que decirte.

El corazón de él dio un vuelco.

Se incorporó también, atento, vulnerable, dispuesto a escuchar cualquier cosa que ella quisiera compartir.

Pero lo que le dijo le pilló totalmente por sorpresa.

Eso lo cambiaba todo.

24

La tarde caía sobre Barcelona cuando Rita llamó a la puerta del despacho de Sandro. Él estaba revisando informes, con la mirada perdida y el gesto cansado. Desde la muerte de Claudia, parecía un hombre deshecho.

—¿Puedo pasar? —preguntó Rita, asomándose.

Sandro levantó la vista.

—Sí… claro.

Ella entró despacio, cerrando la puerta tras de sí. Llevaba días acumulando valor. Días observándolo, sintiendo que él necesitaba algo que ella creía poder darle.

—Sandro —empezó, con voz suave—. Sé que estás pasando por un infierno. Y sé que no soy nadie para decirte esto, pero… no puedo callármelo más.

Él frunció el ceño, sin entender.

—Rita, no es un buen momento…

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Pero te quiero. Desde hace tiempo. Y no puedo seguir fingiendo que solo soy una compañera de trabajo.

Sandro se quedó helado.
No esperaba eso.
No quería eso.

—Rita… yo… no puedo. No ahora. No así.

Ella bajó la mirada.
El golpe fue más duro de lo que había imaginado.

—Entiendo —murmuró—. Perdona. No debí decir nada.

Salió del despacho con el corazón encogido.
Y con una sensación amarga: Sandro estaba emocionalmente en otro lugar.
Con otra persona.

Una hora después, Sandro recibió una llamada.
Su rostro cambió de inmediato.

—Tengo que irme —dijo, saliendo del despacho a toda prisa.

Rita lo vio desde el pasillo.
Algo en su instinto se activó.
Algo que no tenía nada que ver con amor, sino con sospecha.

Lo siguió.

Sandro salió a la calle, levantó la mano y paró un taxi.
Rita hizo lo mismo, dos coches más atrás.

—Siga a ese taxi —ordenó, señalando el vehículo de Sandro.

El conductor la miró por el retrovisor, sorprendido, pero obedeció.

El trayecto fue largo.
Rita no entendía nada.

¿Por qué Sandro iba al aeropuerto?
¿A quién esperaba?

Cuando él bajó del taxi en la terminal de llegadas, ella pagó deprisa y lo siguió a distancia.

Y entonces lo vio.

Sandro se detuvo frente a una mujer elegante, de porte firme, mirada calculada.
Una mujer que parecía fuera de lugar en Barcelona, pero perfectamente cómoda en cualquier parte.

Carol Souza.

Sandro la abrazó.
Ella le acarició la mejilla.
Hablaron en voz baja, demasiado cerca.

Rita sintió un vuelco en el estómago.
No era solo una amante.
Había algo más.
Algo que no encajaba.

Sacó el móvil.
Hizo varias fotos.
Una tras otra.
Sin pensarlo.

Y se marchó.

Pero no hacia la clínica.

Desde el taxi llamó a Pedro.

—Inspector Durán… tengo que enseñarle algo. Es urgente.

Cuando llegó a comisaría, Pedro y Silvia ya la esperaban en una sala de reuniones.

Rita les mostró las fotos, una a una.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó, con la voz temblorosa.

Pedro y Silvia intercambiaron una mirada rápida.
La reconocieron al instante.

Carol Souza.
La abogada de la clínica argentina.
La mujer que la PFA había mencionado en sus informes.
La mujer que no debería estar en Barcelona.

Pero no podían revelar nada a Rita.

—La interrogaremos —dijo Pedro, guardando las fotos—. Gracias por traer esto. Has hecho lo correcto.

Rita asintió, aunque no parecía convencida. Era evidente que estaba actuando por despecho.

—Sandro está ocultando algo —añadió—. Y no sé qué es. Pero no es bueno.

Cuando se marchó, Silvia cerró la carpeta con fuerza.

—No sabíamos que Carol había venido a Barcelona.

Pedro respiró hondo.

—Y si ha venido… no es por casualidad.

Ambos comprendieron que el caso acababa de dar un giro inesperado.
Uno que podía cambiarlo todo.

25

La oficina de la PFA estaba en silencio cuando Carlos Vila y su compañero terminaron de revisar, por enésima vez, el registro de llamadas del móvil privado de David Vilchez. Llevaban horas cruzando datos, descartando números, clasificando contactos.

Hasta que uno llamó la atención.

—Este —dijo el analista, señalando la pantalla—. Se repite demasiado. Y no está en la agenda oficial de la clínica.

Vila frunció el ceño.

—¿Quién es?

—Parece un proveedor —respondió el analista—. Pero… no cuadra. ¿Por qué llamaría David a un proveedor desde su teléfono personal? Eso debería gestionarlo compras.

Vila sintió cómo algo se tensaba dentro de él.
Un hilo.
Una pista.
Una grieta.

—Averigüemos a quién pertenece —ordenó.

La búsqueda no tardó.
El número estaba registrado a nombre de una empresa con un nombre anodino, casi genérico.
Pero la dirección…
La dirección no tenía nada de anodina.

Un local en una zona discreta de Buenos Aires.
Sin cartel.
Sin ventanas visibles.

Cuando Vila y su compañero llegaron, comprendieron al instante que aquello no era un proveedor de material médico.

Era un club de "chicas".

Luces tenues.
Puerta reforzada.
Un portero que los miró con desconfianza.

—PFA —dijo Vila, mostrando la placa—. Venimos a hablar con el dueño.

El portero dudó, pero finalmente los dejó pasar.

El dueño era un hombre de unos cincuenta años, camisa abierta, cadena de oro, sonrisa falsa.
Los recibió en una oficina pequeña, cargada de humo y perfume barato.

—¿Qué desean, oficiales?

Vila fue directo.

—Este número —dijo, mostrando el registro—. Recibe llamadas frecuentes del doctor David Vilchez. Queremos saber por qué.

El hombre se tensó.
Solo un segundo.
Pero Vila lo vio.

—El doctor es… un cliente —respondió finalmente—. Habitual. A veces pide chicas para sus fiestas. Nada ilegal.

Vila lo observó en silencio.
El hombre evitaba su mirada.
Sus manos jugaban con un mechero.
Su voz sonaba ensayada.

—¿Fiestas? —preguntó Vila, sin mostrar emoción.

—Sí, bueno… reuniones privadas. Ya sabe cómo es esta gente con dinero.

Vila no respondió.
No necesitaba hacerlo.

Sabía que el hombre estaba mintiendo.
O, al menos, ocultando algo.

Cuando salieron del local, su compañero habló primero.

—¿Te lo creíste?

Vila negó con la cabeza.

—Ni por un segundo.

Miró la fachada del club, luego el cielo gris de Buenos Aires.

—Aquí hay algo más —dijo—. Mucho más. Y lo vamos a encontrar.

Se metió las manos en los bolsillos, pensativo.

—David no llama a un club así para "fiestas". No desde su móvil privado. No tantas veces.
Esto es otra cosa.

Su compañero lo miró.

—¿Qué hacemos ahora?

Vila empezó a caminar hacia el coche.

—Seguir esta pista. Hasta el final.

Y mientras se alejaban, Vila sintió esa intuición que nunca le fallaba:

Habían tocado una fibra sensible.
Y lo que había al otro lado no iba a gustarles.

Sandro salió del baño del Hotel Majestic aún con el pelo húmedo. Carol estaba desnuda sentada en la cama, revisando unos documentos que había traído desde Argentina. La habitación olía a perfume caro, a sexo y a tensión contenida.

El móvil de Sandro vibró sobre la mesa.

Miró la pantalla.
Pedro Durán.

—¿Sí?

La voz del inspector sonó seca, sin rodeos.

—Quiero que se presente en comisaría en una hora. Es importante.

Sandro tragó saliva.

—¿Ha pasado algo?

—En una hora —repitió Pedro—. No llegue tarde.

La llamada se cortó.

Carol lo observó con una ceja levantada.

—¿Problemas?

—La policía quiere verme —respondió Sandro, inquieto—. No sé por qué.

Carol cerró la carpeta con calma estudiada.

—Ve. Y no digas nada que no debas.

Sandro asintió, aunque la ansiedad le subía por la garganta.
Se vistió deprisa y salió del hotel.

Pedro y Silvia lo esperaban en la sala de interrogatorios.
Esta vez no había cordialidad.
No había empatía.
Solo una tensión fría, profesional.

Silvia fue directa.

—¿Qué hace Carol Souza en Barcelona?

Sandro parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo…?

—¿Tiene otra amante además de Rita? —continuó Silvia, sin suavizar el golpe—. No voy a juzgar su vida personal, pero su mujer acaba de morir y usted no parece muy afectado.

Sandro sintió cómo la indignación le subía a la cara.

—¿Qué insinúa?

—Que usted, solo o acompañado, sigue siendo sospechoso —dijo Silvia, sin apartar la mirada—. Así que respóndame: ¿por qué está Carol aquí?

Sandro respiró hondo, intentando mantener la calma.

—Carol es mi asesora legal en Argentina. Ha venido porque… dadas las circunstancias… necesitaba traerme unos documentos urgentes

para firmar. Nada más.

Pedro lo observó en silencio, evaluándolo.

—¿Documentos de qué tipo?

—Asuntos de la clínica —respondió Sandro—. No tiene nada que ver con el secuestro. Ni con Claudia.

Silvia anotó algo en su libreta.

—Lo tendremos en cuenta.

Sandro se levantó cuando le dieron permiso.
No dijo adiós.
No miró atrás.

Minutos después de que Sandro saliera, un agente llamó a la puerta.

—Inspectores, acaba de llegar esto de Argentina.

Pedro tomó el informe.
Lo abrió.
Sus ojos se entrecerraron.

—Es sobre David Vilchez —dijo Silvia, acercándose.

Pedro pasó las páginas.

—La PFA confirma que uno de los números frecuentes en su móvil privado pertenece a un prostíbulo. El dueño dice que David es cliente habitual.

Silvia frunció el ceño.

—¿Un médico de una clínica de fertilidad llamando a un club así desde su teléfono personal? No cuadra.

Pedro dejó caer el informe sobre la mesa.

—Esto se está poniendo interesante.

Silvia cruzó los brazos.

—Pero seguimos sin tener nada sólido.

Pedro asintió, mirando la puerta por donde Sandro había salido minutos antes.

—Nada todavía.
Pero cada vez hay más piezas sueltas.
Y tarde o temprano, alguna encajará.

26

La oficina de la PFA estaba sumida en un silencio tenso. Carlos Vila llevaba horas revisando documentos, informes y antecedentes de la clínica, intentando encontrar un patrón, una sombra, cualquier cosa que explicara por qué tantas piezas no encajaban.

Sobre la mesa había carpetas abiertas, fotografías, listados de llamadas, declaraciones de empleados.
Nada terminaba de cerrar.

Hasta que uno de los agentes dejó caer una carpeta más en la pila.

—Jefe, este expediente estaba archivado en el sistema antiguo. No sé si lo vio.

Vila lo abrió sin demasiada expectativa.

Y entonces se quedó quieto.

Paula River.
Fallecida.
Causa: suicidio.
Caso cerrado.

Vila levantó la vista.

—¿Suicidio?

—Sí, señor. Hace catorce meses. Estaba ingresada en la clínica. Gestante. Se tiró desde la ventana del tercer piso.

Vila sintió un escalofrío.

—¿Por qué nadie nos habló de esta chica?

El agente se encogió de hombros.

—No aparece en los informes recientes. Ni en las declaraciones. Es como si… la hubieran borrado.

Vila cerró la carpeta con un golpe seco.

—Pues vamos a desenterrarla.

Mientras el equipo procesaba el expediente de Paula, otro agente se acercó con un informe recién impreso.

—Jefe, tenemos algo más sobre las llamadas del doctor David Vilchez.

Vila lo tomó y lo leyó en silencio.

Del número que habían rastreado —vinculado al prostíbulo— aparecían más llamadas.
Muchas más.

—¿Qué relación tiene un médico de fertilidad con el dueño de un club así? —murmuró Vila.

El agente respondió:

—El dueño insiste en que David es un cliente habitual. Pero… no parece solo eso.

Vila asintió lentamente.

—No. No lo parece.

Miró las dos carpetas abiertas sobre la mesa:
Paula River y David Vilchez.

Dos historias distintas.
Dos líneas que, sin embargo, parecían acercarse peligrosamente.

Vila se puso de pie.

—Vamos a reabrir el caso de Paula River. Quiero hablar con su familia, con la enfermera que la atendió, con cualquiera que la haya visto en sus últimos días.

El agente tomó nota.

—¿Y sobre David?

—También quiero saber qué hacía exactamente en ese club. Y qué relación tiene con el dueño. No me creo lo de las "fiestas".

Se acercó a la ventana, mirando la ciudad con el ceño fruncido.

—Aquí hay algo grande —dijo en voz baja—. Algo que la clínica lleva tiempo ocultando.

Se giró hacia su equipo.

—Y lo vamos a sacar a la luz.

Sandro salió de comisaría con el estómago encogido. La conversación con Pedro y Silvia lo había dejado alterado, irritado, vulnerable. Caminó unos metros por la acera, intentando recuperar el aliento, cuando el móvil de prepago vibró en su bolsillo.

Solo una persona tenía ese número.

—¿Sí?

La voz de Carol llegó entrecortada, tensa.

—Ven al hotel. Ahora. He recibido una nota anónima dirigida a ti.

Sandro se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Alguien la dejó en recepción. Con tu nombre. Y… —respiró hondo — quien sea que la ha mandado me conoce. Sabe lo nuestro. No la he abierto. Esperaré a que llegues.

Sandro sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Y también rabia por tener que doblegarse ante esos asesinos.

—Voy para allá.

Colgó sin añadir nada más.

Cuando Sandro entró en la habitación del Majestic, Carol estaba de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y el sobre sobre la mesa. No parecía asustada, pero sí alerta, como un animal que ha olido peligro.

—Aquí está —dijo, señalándolo.

Sandro lo tomó con manos temblorosas.
Rasgó el borde.
Sacó la nota.

La letra era tosca, escrita con rotulador negro.

"Es tu última oportunidad.
Esta noche, párate con tu coche en el chaflán de la izquierda de Roger de Llúria antes de cruzar Provenza, y espera.
A las once en punto.
Esta vez sin policía, sin trucos.
No habrá otra oportunidad."

Sandro sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

Carol lo observaba con atención.

—Tienes que avisar a la policía —dijo ella, con firmeza—. No puedes ir solo. Ya viste lo que pasó la última vez.

Sandro negó con la cabeza, casi con violencia.

—No. Esta vez no. No voy a arriesgarme. No voy a perder otra oportunidad. Si avisan a la policía, si vuelven a detectarlo… —se pasó una mano por la cara— no puedo permitírmelo.

Carol dio un paso hacia él.

—Déjame que te acompañe.

—No —respondió Sandro, tajante—. Tengo que hacerlo yo solo.

—Sandro…

—Tú quédate en el hotel. No quiero que corras ningún peligro.

Carol lo miró largo rato.
Su expresión era una mezcla de preocupación, cálculo y algo más difícil de descifrar.

Finalmente asintió.

—Haz lo que creas necesario. Pero ten cuidado.

Sandro guardó la nota en el bolsillo interior de la chaqueta.
Se dirigió a la puerta.

Antes de salir, Carol añadió:

—Llámame cuando llegues. Quiero saber que estás bien.

Sandro asintió sin mirarla.

Cerró la puerta detrás de él.

Carol se quedó sola en la habitación, mirando el sobre vacío sobre la mesa.

27

Sandro llegó al chaflán de Roger de Llúria, justo antes de Provenza, con el corazón golpeándole el pecho. Eran las diez y cincuenta y cinco. La calle estaba casi vacía, iluminada por farolas que proyectaban sombras largas sobre la acera.

Aparcó donde decía la nota.
Apagó el motor.
Miró el reloj.

Diez y cincuenta y seis.

El silencio era tan denso que parecía escucharse a sí mismo respirar. Cada minuto se estiraba como si durara una hora.

Diez y cincuenta y nueve.

Sandro apretó el volante con ambas manos.
No sabía si estaba a punto de recuperar a su hija…
o de perderlo todo.

A las once en punto, un coche negro con los cristales tintados dobló la esquina y se detuvo justo a su lado.
Sin señales.
Sin prisa.
Como si supiera exactamente dónde debía estar.

Sandro tragó saliva.
Miró el asiento trasero.
La bolsa con el dinero estaba allí.

Abrió la puerta.
Salió.
El aire frío de la noche le golpeó la cara.

Abrió la puerta trasera del coche negro.
Metió la cabeza dentro para dejar la bolsa.

El interior olía a cuero y a algo metálico.
El conductor llevaba una gorra de visera y una media cubriéndole la cabeza.
Los ojos, apenas visibles, eran dos sombras.

Sandro dejó la bolsa en el asiento.

El hombre se giró.
Sacó un pequeño aparato negro.
Lo pasó por encima de la bolsa y lo acercó a Sandro.

Silencio.

Ni un pitido.

El hombre asintió, satisfecho.

—Métete en tu coche —dijo con voz distorsionada—. Y antes de irte, espera cinco minutos.
Pronto tendrás a la niña.

Sandro sintió un temblor recorrerle el cuerpo.

El hombre cerró la puerta del coche negro.
Arrancó.
Se alejó sin acelerar, sin ruido, sin dejar rastro.

Sandro volvió a su coche como si caminara bajo el agua.
Se sentó.
Cerró la puerta.

Miró al frente.
No veía nada.
No oía nada.

Solo apretaba el volante.
Con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.
Como si quisiera romperlo.
Como si ese gesto fuera lo único que lo mantenía en pie.

Cinco minutos.
Cinco eternos minutos.

Y después…
¿qué?

Sandro no lo sabía.
Pero ya no podía volver atrás.

28

ARGENTINA, 14 MESES ANTES

La madrugada había caído sobre la clínica con un silencio extraño, casi antinatural. En la habitación 312, Paula River se retorcía sobre la cama, con una mano aferrada al borde del colchón y la otra sobre el vientre. El dolor era agudo, repentino, como un latigazo que le atravesaba el cuerpo.

La enfermera entró corriendo.

—Paula, respira. Tranquila. Voy a llamar al doctor.

Pero Paula ya sabía lo que estaba pasando.
Lo había temido durante semanas.
El estrés, el encierro, el miedo constante… su cuerpo había cedido.

—No… no puede ser ahora —jadeó—. Todavía no…

La enfermera intentó calmarla, pero el monitor cardíaco ya marcaba un ritmo acelerado, irregular.
El trabajo de parto había comenzado.

En cuestión de minutos, David Vilchez apareció en la puerta, con la bata aún sin abrochar y el gesto tenso.

—Preparen quirófano —ordenó—. Es prematuro. No podemos arriesgarnos.

Paula abrió los ojos de golpe.

—No… por favor… no me lo quiten… déjenme verlo… por favor…

David no respondió.
Ni siquiera la miró.

La enfermera intentó sujetarla mientras el equipo preparaba la camilla.

—Paula, tranquila. Es por tu salud. Por la del bebé.

—¡Déjenme verlo! —gritó ella, con una mezcla de miedo y desesperación que desgarraba el aire—. ¡Solo quiero verlo!

Pero ya la estaban trasladando por el pasillo, bajo luces blancas que parecían demasiado frías para un momento tan frágil.
Paula lloraba, suplicaba, intentaba incorporarse, pero la sedación empezó a hacer efecto antes de llegar al quirófano.

Su voz se apagó.
Sus manos cayeron a los lados.
El mundo se volvió borroso.

Cuando Paula despertó, la habitación estaba en penumbra.
El dolor seguía allí, profundo, pero lo peor era el vacío.

El vacío en su vientre.
El vacío en sus brazos.

Intentó incorporarse, pero la cabeza le dio vueltas.
La enfermera entró con un vaso de agua.

—¿Dónde está? —susurró Paula, con la voz rota—. ¿Dónde está mi bebé?

La enfermera evitó mirarla.

—Descansa. Lo importante es que estás bien.

—Quiero verlo… por favor… —Paula extendió una mano temblorosa —. Solo un momento…

La enfermera negó con suavidad, pero con una firmeza que no dejaba espacio a la esperanza.

—No es posible.

Paula sintió que algo dentro de ella se rompía.
No lloró.
No gritó.
Solo se quedó mirando el techo, con los ojos abiertos, como si su alma hubiera quedado suspendida en algún lugar entre el sueño y la pesadilla.

Horas después, la sedaron de nuevo.
Y la aislaron "por su seguridad".

Pero todos en la clínica sabían la verdad:

Paula River ya no era un riesgo médico.
Era un riesgo para el negocio.

29

El secuestrador llegó al piso franco pasadas las once y media. Cerró la puerta con un golpe seco y dejó la bolsa del dinero sobre la mesa. Su respiración era rápida, cargada de adrenalina. Había cumplido su parte del plan.

En la cocina, Sofía River preparaba un biberón.
Telma dormía en la habitación contigua, inquieta.

—Ya está —dijo él, entrando sin avisar—. Todo ha salido perfecto.

Sofía no respondió.
Sabía que no era cierto.
Sabía que el siguiente paso del plan no tenía nada de perfecto.

El hombre se acercó demasiado.
Demasiado cerca.
Ella sintió su sombra antes de verlo.

—Ahora solo queda lo último —murmuró él.

Sofía se tensó.

—¿Qué último?

Él no contestó.
Solo avanzó, acorralándola contra la encimera.

Sofía sabía que estaba armado.
Sabía también —porque lo había intuido, porque lo había temido— que ella no debía salir viva de ese piso.

El hombre alargó una mano hacia ella.

Sofía reaccionó.
Intentó apartarse, pero él la sujetó del brazo.
Hubo un forcejeo breve, desesperado.

Ella buscó con la mirada algo, cualquier cosa.

Y entonces lo vio.

Un cuchillo, a escasos centímetros de su mano.

No pensó.
No tuvo tiempo.

En un movimiento rápido, casi instintivo, se giró y se lo clavó.

El hombre cayó hacia atrás, sorprendido, sin emitir más que un sonido ahogado.

Sofía quedó inmóvil unos segundos, temblando.

Y entonces escuchó el llanto.

Telma.

Sofía corrió a la habitación.
La niña estaba despierta, llorando con fuerza.
Sofía la tomó en brazos, la acunó, la calmó.

Pero mientras lo hacía, una verdad brutal se abrió paso:

Si se la llevaba, la policía la perseguiría.
Si se la llevaba, pondría a la niña en peligro.
Si se la llevaba, no habría escapatoria.

La única forma de salvarla…
era dejarla atrás.

Sofía la abrazó con fuerza, con lágrimas silenciosas.

—Perdóname… —susurró—. Es la única manera.

La dejó en la cuna, bien arropada, con el biberón preparado a su lado.
La miró una última vez.

Luego salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

En el salón, el cuerpo del secuestrador seguía inmóvil.
Sofía tomó su móvil de prepago.
Abrió el portátil del piso.
Compró un billete de avión para esa misma noche.

Cogió algunos billetes de la bolsa del rescate.
Los justos para llegar al aeropuerto y sobrevivir unos días.

Antes de irse, volvió a mirar la puerta de la habitación donde dormía Telma.

—Van a venir por ti —susurró—. Y esta vez te van a salvar.

Salió del piso sin hacer ruido.
Cerró la puerta.
Bajó las escaleras sin mirar atrás.

El taxi la dejó en la terminal.
Sofía caminó con paso firme, aunque por dentro se desmoronaba.

Cuando anunciaron el embarque, sacó el móvil de prepago del secuestrador.
Marcó el número de emergencias.

—La niña secuestrada… —dijo con voz baja— está en un piso de la calle…
Dio la dirección exacta.
Cada número.
Cada letra.

—Está viva. Está sola. Vayan ya.

Colgó.
Apagó el móvil.
Lo dejó caer en una papelera.

Luego se dirigió a la puerta de embarque.

Cuando entregó su billete, respiró hondo.

Había salvado a Telma.
Había salvado a la niña de su hermana.

Y ahora…
solo quedaba desaparecer.

30

Pedro y Silvia llegaron al edificio en menos de diez minutos. La dirección que había dado la mujer por teléfono coincidía con una zona de pisos antiguos, de pasillos estrechos y puertas reforzadas. Subieron las escaleras sin hacer ruido, acompañados por dos agentes uniformados.

La puerta del piso franco estaba entornada.

Pedro levantó la mano, indicando silencio.

Empujó la puerta con la punta del pie.

El interior estaba en penumbra.

—Policía —susurró Silvia—. ¿Hay alguien?

No hubo respuesta.

Avanzaron despacio.
Sobre la mesa del salón había una bolsa abierta con billetes esparcidos.

En la cocina yacía el cuerpo de un hombre. No había signos de lucha visibles, pero la escena hablaba por sí sola: alguien había intentado defenderse.

Pedro se agachó, comprobó el pulso.
Nada.

—Uno de los secuestradores —dijo en voz baja—. Y no estaba solo.

Silvia asintió.

—La mujer que llamó. La que cuidó a la niña.

Un llanto suave llegó desde el fondo del pasillo.

Ambos se miraron y corrieron hacia la habitación.

Allí, en una cuna improvisada, estaba Telma.
Despierta.
Asustada.
Pero viva.

Silvia la tomó en brazos con una delicadeza que contrastaba con la tensión del momento.

—Hola, pequeña… ya está… ya está…

Pedro respiró hondo.
Era la primera vez en días que sentía un alivio real.

—Avisad a emergencias —ordenó a los agentes—. Y que venga el forense. Hay que registrar todo.

Los agentes comenzaron a fotografiar la escena, tomar huellas, recoger muestras.
Pedro observó el cuerpo del secuestrador.

—Esto no lo ha hecho un profesional —murmuró—. Ha sido defensa propia. Y rápida.

Silvia, con la niña en brazos, añadió:

—Y quien lo hizo… se fue. Pero no huyó para esconderse. Huyó para salvarla.

Pedro asintió.

—Lo sabremos pronto. Enviaremos las huellas y las fotos a la PFA. Ellos podrán identificarlo.

Horas después, Pedro y Silvia se presentaron en casa de Sandro. Cuando vio a Silvia con Telma en brazos, se quedó paralizado.

—¿Está…? —su voz se quebró.

Silvia se acercó y le entregó a la niña.

—Está bien, Sandro. Está viva.

Él la abrazó con una fuerza desesperada, como si temiera que desapareciera si aflojaba un segundo.
No lloró.
No habló.
Solo la sostuvo.

Pedro lo observó.
No dijo nada sobre el intercambio clandestino.
No mencionó la imprudencia.
No era el momento.

—El dinero del rescate queda depositado en el juzgado —informó Silvia—. Es prueba del caso.

Sandro asintió sin soltar a su hija.

Ya entrada la madrugada, Pedro y Silvia regresaron a su despacho. Un agente se acercó con un informe en la mano.

—Inspectores… ya tenemos los resultados de la revisión de los casos conflictivos de la clínica. No hay nada. Ninguna conexión clara.

Ningún indicio sólido.

Silvia dejó caer los hombros, agotada.

—Otra vez a cero.

Pero Pedro sonrió.
Un gesto breve, casi imperceptible, pero lleno de convicción.

—No importa —dijo, guardando el informe en la mesa—. Pronto sabremos quién ha sido el culpable.

Silvia lo miró, sorprendida por su seguridad.

—¿Por qué lo dices?

Pedro se apoyó en el respaldo de la silla.

—Porque alguien ha empezado a cometer errores. Y cuando empiezan… ya no paran.

La noche seguía cerrada sobre Barcelona.
Pero por primera vez, la investigación avanzaba.

Y el culpable estaba más cerca que nunca de quedar expuesto.

31

El tanatorio de Les Corts estaba lleno de flores blancas y murmullos contenidos.
En la sala 3, el féretro de Claudia reposaba abierto, rodeado de coronas y fotografías.
El aire olía a incienso y a tristeza antigua.

Sus padres, Enrique y Elvira, estaban sentados en primera fila.
Elvira lloraba sin descanso, con un pañuelo empapado entre las manos.
Enrique, en cambio, permanecía rígido, con la mandíbula apretada y los ojos clavados en Sandro como si cada mirada fuera un juicio silencioso.

Sandro estaba unos pasos más atrás, con Telma en brazos la noche anterior y un vacío insoportable ahora.
La niña se había quedado con Carol en casa.
Él había insistido en venir solo.

Rita estaba cerca de la entrada, observándolo.
Sabía que Carol se había quedado cuidando a la niña.
Y esa idea le quemaba por dentro.

Celos, rabia, confusión… todo mezclado en un torbellino que intentaba disimular.

Ramón permanecía en un rincón, con la cabeza baja.
No se atrevía a acercarse a Enrique ni a Sandro.
Su presencia era una sombra incómoda en la sala.

Un poco más alejados, casi invisibles entre la gente, estaban Pedro y Silvia.
No habían venido como policías, sino como testigos silenciosos de las consecuencias de un caso que aún no habían resuelto.

Pedro observó a Sandro durante unos segundos.

—Vamos —dijo en voz baja.

Se acercaron a él con discreción.

—Sandro —susurró Silvia—, ¿podemos hablar un momento?

Él asintió, agotado, y los siguió hasta un pasillo lateral, lejos de las miradas.

Pedro le puso una mano en el hombro.

—Lo siento mucho. De verdad. Te doy el pésame otra vez.

Sandro bajó la cabeza.
No tenía fuerzas para responder.

Pedro continuó:

—Averiguaremos quién era el secuestrador. Ya hemos enviado las huellas y las fotos a la PFA. Nos ayudarán a identificarlo.
Estamos muy cerca de averiguarlo todo.

Sandro tragó saliva.
La tristeza le pesaba como una piedra en el pecho.

—Gracias —murmuró—. Solo quiero que esto termine. Por Claudia. Por Telma.

Silvia asintió con suavidad.

—Lo conseguiremos.

Sandro regresó a la sala, donde Elvira seguía llorando y Enrique lo observaba con un rencor que parecía crecer por momentos.

Pedro y Silvia se quedaron en el pasillo unos segundos más, en silencio.

—Esto está a punto de romperse —dijo Silvia.

Pedro respiró hondo.

—Y cuando rompa… por fin veremos lo que hay debajo.

32

La oficina de la PFA estaba sumida en un silencio expectante. Desde que Barcelona había enviado las huellas y las fotografías del secuestrador hallado muerto junto a Telma, Carlos Vila había puesto a su equipo a trabajar sin descanso.

Llevaban horas revisando bases de datos, expedientes antiguos, detenciones olvidadas, registros cruzados con Interpol.
Nada.
Hasta ese momento.

Un agente joven se acercó a Vila con una carpeta en la mano y el rostro tenso.

—Jefe… hemos encontrado algo.

Vila levantó la vista de la pantalla.

—Dime.

El agente abrió la carpeta y señaló una ficha policial.

—Se llama Alejandro Ferrero.
Detenido dos veces por su relación con la mafia de la trata.
Una en 2017, otra en 2019.
Ambas veces quedó en libertad por falta de pruebas.

Vila tomó la carpeta y la revisó con atención.
Fotografías.
Informes.
Declaraciones.
Un historial sucio, lleno de sombras.

—¿Conexiones con la clínica? —preguntó sin levantar la vista.

—No directas —respondió el agente—. Pero trabajaba como "proveedor" para varios grupos. Seguridad privada, transporte… cosas turbias.

Vila cerró la carpeta con un golpe seco.

—Este tipo no estaba en Barcelona por casualidad.

Se puso de pie.
El equipo lo observaba en silencio.

—Por fin tenemos un camino —dijo—. Y esta vez es el correcto.

Vila tomó el teléfono y marcó el número directo de Pedro Durán.

—¿Sí? —respondió Pedro al otro lado, con voz cansada.

—Durán, soy Vila. Tenemos identificación del secuestrador.

Hubo un silencio breve, tenso.

—Dime.

—Alejandro Ferrero. Vinculado a redes de trata. Detenido dos veces. Un tipo peligroso.
No era un aficionado.
No era un improvisado.

Pedro exhaló despacio.

—Esto cambia las cosas.

—Y las cambia mucho —añadió Vila—. Si Ferrero estaba en Barcelona, alguien lo envió.
Alguien con recursos.
Alguien que sabía lo que hacía.

Pedro no respondió enseguida.
Vila imaginó su expresión: alerta, concentrada, conectando piezas.

—Gracias, Carlos —dijo finalmente—. Esto nos acerca. Mucho.

—Sigan tirando del hilo —respondió Vila—. Nosotros haremos lo mismo desde acá.

Colgó.

Por primera vez desde que empezó el caso, Vila sintió que el laberinto tenía salida.

Y que estaban a punto de encontrarla.

33

La noche había caído sobre Barcelona con un silencio espeso, casi irrespirable.
En casa de Sandro, las luces estaban encendidas, pero el ambiente era tan oscuro como el día que acababan de vivir.

En el salón, Enrique y Elvira Palacios estaban sentados en el sofá.
Elvira tenía los ojos hinchados, perdidos en un punto indefinido del suelo.
Enrique, en cambio, estaba rígido, con los puños cerrados sobre las rodillas.

Carol se movía por la casa con Telma en brazos, intentando mantener a la niña tranquila.
Su presencia parecía incomodar a Enrique, que la miraba de reojo con una mezcla de desconfianza y desprecio.

Sandro entró desde la cocina con dos vasos de agua.

—¿Queréis algo más? —preguntó con voz cansada.

Enrique se levantó de golpe.

—Sí. Quiero que me escuches.

Sandro se quedó quieto.

—Enrique, por favor… no ahora…

—¡Ahora sí! —estalló él—. ¡Mi hija está muerta! ¡Y tú estabas demasiado ocupado siguiendo tus… asuntos… para protegerla!

Carol se tensó.
Elvira cerró los ojos, como si quisiera desaparecer.

Sandro tragó saliva.

—Lo siento, Enrique. No sabes cuánto…

—No, no lo sabes —lo interrumpió él—. Y te lo diré claramente: voy a luchar por la custodia de Telma. No pienso dejar a mi nieta en manos de alguien que no supo proteger a mi hija.

Carol dio un paso atrás, como si la acusación la hubiera golpeado a ella también.

—Señor Palacios… —intentó intervenir Carol.

—No estoy hablando contigo —dijo él, lanzándole a Carol una mirada que era puro veneno—. No sé quién eres ni qué haces aquí, pero no quiero que mi nieta crezca rodeada de desconocidos.

Carol apretó los labios, pero no respondió.

Elvira se levantó lentamente, apoyándose en el brazo del sofá.

—Vámonos, Enrique… por favor…

Él respiró hondo, intentando contener la rabia.

—Una última cosa —dijo antes de marcharse—. Retiraré toda la inversión que hice en tus clínicas. No quiero tener nada que ver contigo.

Sandro cerró los ojos un instante, como si esas palabras fueran un golpe físico.

Enrique y Elvira salieron sin despedirse.

La puerta se cerró.

El silencio que quedó fue devastador.

Carol dejó a Telma en su cuna portátil y se acercó a Sandro despacio.

—No les hagas caso —susurró—. Están destrozados. No saben lo que dicen.

Sandro se pasó las manos por la cara.

—Tal vez tengan razón. Tal vez no estoy preparado para nada de esto.

Carol negó con suavidad.

—No digas eso. Has hecho todo lo que has podido. Y ahora tienes a tu hija contigo. Eso es lo único que importa.

Sandro se dejó caer en el sofá, agotado.

Carol se sentó a su lado.
Le tomó la mano.
La apretó con una calidez que contrastaba con el frío que él sentía por dentro.

—Me quedaré contigo —dijo ella—. Aquí. En Barcelona. El tiempo que haga falta.

Sandro la miró, sorprendido.

—No… no puedes. Tienes tu trabajo, tu vida en Argentina…

—Mi despacho puede arreglárselas sin mí —respondió ella, con una seguridad que no admitía réplica—. Ahora lo importante eres tú. Y Telma.

Sandro abrió la boca para protestar, pero Carol se inclinó hacia él.

—No estás solo —susurró.

Y antes de que él pudiera decir nada más, lo besó.
Un beso largo, profundo, decidido.
Un beso que sellaba algo más que una promesa.

Cuando se separaron, Sandro tenía los ojos húmedos.

Carol apoyó la frente en la suya.

—Estoy aquí. Y no me voy a ir.

En la habitación contigua, Telma respiraba tranquila.

Pero en el salón, sin que Sandro lo supiera, algo acababa de cambiar para siempre.

34

ARGENTINA, 14 MESES ANTES

El médico forense, Dr. Benítez, llevaba más de dos horas examinando el cuerpo de Paula River.
La sala de autopsias estaba fría, iluminada por una luz blanca que no perdonaba ningún detalle.

Sobre la mesa metálica, el cuerpo de Paula yacía inmóvil, frágil, demasiado joven para estar allí.

Benítez dictaba sus observaciones en voz baja, con el tono neutro de quien ha visto demasiada muerte… pero con el ceño fruncido de quien empieza a sospechar que algo no encaja.

—Contusiones antiguas… hematomas en zonas que no coinciden con una caída… —murmuró, acercándose más—. Y esto…

Se detuvo.
Había encontrado un indicio claro de violencia previa, algo que no podía explicarse por un salto desde una ventana.

Suspiró.
Aquello no era un suicidio limpio.
Ni de lejos.

Se quitó los guantes un momento y se apoyó en la mesa auxiliar.
Lo correcto —lo profesional— era pedir una ampliación de la investigación.
Había suficientes dudas para hacerlo.

Estaba a punto de redactar el informe preliminar cuando la puerta se abrió sin llamar.

Un policía uniformado entró con paso firme, una carpeta en la mano.

—Doctor Benítez.

—¿Sí?

El agente le tendió un documento.

—Orden judicial. Debe cerrar la autopsia como suicidio. Sin observaciones adicionales.

Benítez lo miró, incrédulo.

—¿Cómo que…? Todavía no he terminado. Hay indicios que requieren...

—La orden es clara, doctor —lo interrumpió el agente, sin levantar la voz—. Suicidio. Caso cerrado.

Benítez sintió un nudo en el estómago.

—Pero esto no es correcto. Hay lesiones que...

—No es una sugerencia —dijo el policía, clavando los ojos en él—. Es una orden.

El silencio se volvió pesado.
Benítez sabía lo que significaba.
Sabía que insistir podía costarle el puesto.
O algo peor.

Miró el cuerpo de Paula.
Una chica joven.
Una chica que había pedido ayuda, según las notas de enfermería.
Una chica que había muerto demasiado pronto.

Y ahora… una chica que iban a borrar.

Finalmente, tomó aire y asintió.

—Entendido.

El policía salió sin añadir nada más.

Benítez se quedó solo en la sala, con el zumbido de los fluorescentes como único testigo.

Se sentó frente al ordenador.
Abrió el informe.
Y, con la mandíbula apretada, escribió lo que le obligaban a escribir:

"Causa de muerte: suicidio por precipitación.
Sin indicios de criminalidad."

Guardó el archivo.
Cerró la sesión.

Antes de apagar la luz, miró una última vez el cuerpo de Paula.

—Perdón —susurró—. No me dejan hacer más.

Y salió de la sala, sabiendo que acababa de enterrar la verdad junto con ella.

35

El despacho de interrogatorios de la PFA estaba iluminado por una luz blanca y dura, que caía directamente sobre la mesa metálica. David Vilchez estaba sentado con las manos entrelazadas, intentando aparentar calma.
Pero el temblor en su pierna lo delataba.

Frente a él, Carlos Vila revisaba una carpeta gruesa, llena de documentos, fotografías y notas.

—Doctor Vilchez —empezó Vila, sin levantar la vista—. Gracias por venir.

David tragó saliva.

—Siempre estoy dispuesto a colaborar.

Vila cerró la carpeta con un golpe seco.

—Perfecto. Entonces empecemos.

Se inclinó hacia adelante.

—Explíqueme algo. ¿Cómo es posible que su clínica tenga tantas mujeres disponibles para gestación subrogada? Más que cualquier otra en la región. ¿De dónde salen?

David parpadeó, sorprendido por la frontalidad.

—Son… acuerdos voluntarios. Mujeres que necesitan dinero.
Nosotros solo facilitamos el contacto con los clientes.

—No me interesa el discurso comercial —lo interrumpió Vila—. Me interesa la realidad. Y la realidad es que hay demasiadas. Más de las que cualquier clínica puede reclutar de forma transparente.

David abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

Vila continuó:

—También me interesa su relación con el propietario del club de alterne que visitamos hace unos días.
Un lugar donde, curiosamente, usted aparece como cliente habitual.

David se removió en la silla.

—Eso… eso es un error. Yo no...

—Tenemos registros de llamadas —dijo Vila, dejando caer unas hojas sobre la mesa—. Desde su móvil privado. No desde el de la clínica.
Llamadas frecuentes.
A cualquier hora.

David apretó los labios.

—No tiene nada que ver con mi trabajo.

—¿No? —Vila lo miró fijamente—. ¿Entonces por qué un médico de fertilidad llama a un club así? ¿Para pedir material quirúrgico?

David bajó la mirada.

El silencio se volvió espeso.

Vila abrió otra carpeta.

—Hablemos de Paula River.

David levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué pasa con ella?

—Murió en su clínica. Suicidio, según el informe.
Un suicidio muy conveniente.
Y muy mal explicado.

David tragó saliva.

—Fue una tragedia. Estaba… emocionalmente inestable.

—¿Y por qué nadie nos informó de su caso cuando pedimos antecedentes? —preguntó Vila—. ¿Por qué su nombre no aparece en ningún informe reciente? ¿Por qué parece que alguien la borró del sistema?

David negó con la cabeza.

—No lo sé. Yo no llevo esos registros.

—¿Qué pasó con ella, doctor? —insistió Vila, con voz baja pero firme —. ¿Qué pasó realmente?

David respiró hondo, intentando mantener la compostura.

—No tengo nada más que decir.

Vila lo observó durante unos segundos.
David evitó su mirada.

Vila cerró la carpeta.

—Bien. Por hoy es suficiente.

David se levantó demasiado rápido, como si necesitara huir de la sala.

—¿Puedo irme?

—Por ahora —respondió Vila—. Pero no se aleje de Buenos Aires.
Lo volveremos a llamar.

David salió sin despedirse, con el rostro pálido y las manos temblorosas.

Cuando la puerta se cerró, Vila se quedó mirando los documentos sobre la mesa.

No había obtenido confesiones.
No había obtenido respuestas claras.

Pero había visto algo más importante:

David Vilchez estaba nervioso.
Muy nervioso.

Y eso, para Vila, significaba que estaban cerca.

Muy cerca.

36

Rita llevaba más de una hora dentro de su coche, aparcado frente al edificio de Sandro.
Tenía el día libre, pero su cabeza no.
Los celos la devoraban.

Un día.
Solo un día desde el entierro de Claudia.

Y Carol ya estaba instalada en la casa, cuidando a Telma, moviéndose por allí como si fuera la nueva señora de la familia.

Rita apretó los dientes.

—Parejita feliz… —murmuró con amargura.

De pronto, la puerta del edificio se abrió.

Carol salió empujando el cochecito de Telma, vestida con ropa cómoda, el pelo recogido, una serenidad que a Rita le resultó insoportable.

—Perfecto —susurró Rita—. A ver a dónde vas.

Encendió el motor y la siguió a distancia.

Tal como imaginaba, Carol se dirigió al parque cercano.
Buscó un banco al sol y se sentó.

Telma dormía plácidamente en el cochecito.

Rita aparcó, bajó del coche y caminó hacia ella con pasos silenciosos, casi felinos.

Cuando Carol levantó la vista, Rita ya estaba sentándose a su lado.

Carol dio un respingo.

Rita no perdió tiempo.

—Veo que ya os conocíais de antes.

Carol la miró con una mezcla de sorpresa y desprecio.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Rita —respondió ella, clavando la mirada—. Trabajo con Sandro.
Y también soy su amante.

Por un segundo, los ojos de Carol se abrieron más de lo habitual.
Una sorpresa mínima, pero real.

Rita sonrió con amargura.

—Seguro que no lo sabías.
Yo tampoco sabía lo tuyo.
Está claro que es un cerdo.

Carol endureció la expresión.
Su voz salió fría como el acero.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada —respondió Rita—. Solo quería que supieras que no eres la única.

El silencio cayó entre ellas como una losa.
Pesado.

Tenso.
Cargado de veneno.

Carol respiró hondo.

—Bien —dijo finalmente—. Ahora ya lo sé.
Lárgate.

En ese momento, Telma empezó a llorar.
Carol se inclinó, la tomó en brazos y la acunó con movimientos suaves.

Mientras lo hacía, le lanzó a Rita una mirada que no necesitaba palabras:
una mezcla de advertencia, desprecio y amenaza silenciosa.

Rita sintió cómo la rabia le subía por la garganta.
Los celos la quemaban por dentro.

Se levantó sin decir nada más y se marchó del parque, con pasos rápidos, casi temblando.

Detrás de ella, Carol seguía meciendo a Telma, como si nada más en el mundo importara.

Pero sus ojos seguían clavados en la espalda de Rita.

37

El parque estaba casi vacío a esa hora de la tarde.
Las hojas secas crujían bajo los zapatos de Martín Ledesma, que miraba el reloj por tercera vez.
Había llegado puntual, como siempre.

Tres minutos después, la mujer apareció caminando con paso rápido, nervioso.
Era joven, pero el cansancio en su rostro la hacía parecer mayor.
Llevaba el pelo recogido y un bolso apretado contra el pecho.

Se sentó a su lado en el banco.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola. ¿Y usted es…?

—Mariana Duarte —respondió.

Se saludaron con un apretón de manos breve, casi clandestino.

Ledesma no perdió tiempo.

—¿Qué es eso tan importante que tenía que decirme?

Mariana miró alrededor, asegurándose de que nadie los observaba.
Luego abrió el bolso y sacó un sobre blanco, doblado varias veces.

—No he hecho esto antes porque tengo miedo —dijo, con un hilo de voz—. No confío en la policía.
Y usted me tiene que prometer que no le dirá a nadie que esto se lo he dado yo.
Tiene que pasar como una investigación suya, ¿de acuerdo?

Ledesma asintió sin dudar.

—De acuerdo.

Mariana abrió el sobre con manos temblorosas.

Dentro había una hoja manuscrita, con la letra pequeña y apretada de Paula.

—Esto lo escribió ella —susurró Mariana—. La noche antes de… de que muriera.

Ledesma leyó en silencio.

Paula explicaba que ella y otras chicas procedían de redes de trata, que habían sido captadas con falsas promesas y trasladadas a una maternidad oculta en las afueras de Buenos Aires.
Daba una dirección concreta.
Describía habitaciones cerradas, vigilancia constante, amenazas.

Ledesma sintió un escalofrío.

—Dios mío…

Mariana sacó entonces un pequeño lápiz de memoria.

Lo sostuvo entre los dedos como si quemara.

—Y esto… —dijo—. Aquí hay un vídeo.
Un vídeo donde se ve claramente cómo asesinaron a Paula.

Ledesma levantó la vista, impactado.

—¿Cómo lo obtuvo?

—Yo misma puse cámaras ocultas —respondió ella, con lágrimas contenidas—. Paula tenía miedo. Me decía que tuviera mucho cuidado.
Y tenía razón.
David Vilchez… —tragó saliva— …no es trigo limpio.
Por eso es tan importante que mi nombre no aparezca por ningún sitio.

Le puso el lápiz de memoria en la mano.

—A usted no podrán hacerle nada.
Usted puede contarlo todo por televisión.
Yo no.

Ledesma guardó el sobre y el lápiz en el interior de su chaqueta, como si fueran dinamita.

Se levantó del banco.

—Gracias, Mariana. No sabe lo que significa esto.

Ella bajó la mirada.

—Solo… hágalo público. Que se sepa la verdad. Por Paula.

Ledesma asintió con firmeza.

—Lo haré.

Se marchó con paso decidido, el corazón acelerado y una certeza absoluta:

acababa de recibir la pieza que podía derrumbarlo todo.

38

Cuando Sonia Coppola abrió los ojos, la luz del quirófano ya no estaba.
Estaba en una habitación blanca, silenciosa, con el zumbido lejano de un monitor.
La garganta le ardía.
El cuerpo le pesaba.
La anestesia todavía la envolvía como una manta húmeda.

Intentó incorporarse, pero un dolor profundo en el abdomen la obligó a quedarse quieta.

La puerta se abrió.

David Vilchez entró con una carpeta en la mano y una expresión que pretendía ser profesional, pero que escondía algo más frío.

—Sonia —dijo—. ¿Cómo te sientes?

Ella parpadeó, confundida.

—¿Ya… ya terminó?

Vilchez asintió.

—Sí. La cesárea fue necesaria. Todo salió bien.

Sonia sonrió débilmente, aliviada.

—¿Puedo verlos?

Vilchez no respondió enseguida.
Cerró la carpeta.
Se acercó a la cama.

—Antes de eso… tengo que decirte la verdad.

Sonia sintió un nudo en el estómago.

—¿Qué pasa?

Vilchez respiró hondo, como si estuviera a punto de dar una mala noticia médica.

—De los dos mellizos… uno tiene síndrome de Down.
No lo pudimos detectar antes.
Y los clientes… no lo quieren.

El silencio cayó como un golpe seco.

Sonia lo miró sin comprender.

—¿Qué… qué quiere decir?

Vilchez se encogió de hombros, como si hablara de un trámite.

—Que si quieres, te lo puedes quedar.
Es tuyo.
Ellos solo se llevarán al otro.

Sonia se quedó inmóvil.
La anestesia, el shock, la noticia… todo se mezclaba en una nube espesa.

Pensó en el dinero.
En la deuda.
En la razón por la que había aceptado ser gestante.
En la promesa de una vida un poco menos dura.

Y ahora…
¿volvería a casa con un bebé que requeriría cuidados especiales, sin apoyo, sin recursos?

Cerró los ojos unos segundos.

Cuando los abrió, había lágrimas contenidas, pero también una determinación inesperada.

—Yo vine aquí porque necesitaba el dinero —dijo con voz temblorosa —.
Y me voy a ir con una carga económica que no sé si podré asumir…

Respiró hondo.

—Pero claro que lo quiero.
Es mi hijo.

Vilchez la observó sin emoción.
Como si la respuesta no le importara.

—Perfecto —dijo simplemente—. Lo traerán en un rato.

Se dio media vuelta y salió de la habitación.

Sonia quedó sola, con el corazón acelerado y la certeza de que su vida acababa de cambiar para siempre.

Pero también con algo que no esperaba sentir:

amor.
Y miedo.
A partes iguales.

39

El despacho de Carlos Vila estaba lleno de carpetas abiertas, fotografías y notas pegadas en la pared.
La investigación llevaba días estancada, pero esa mañana algo había cambiado.

Martín Ledesma entró con paso firme, una carpeta bajo el brazo y el rostro tenso.

—Vila —dijo sin preámbulos—. Tengo algo que tiene que ver.

Vila lo invitó a sentarse.
Ledesma abrió la carpeta y colocó sobre la mesa el sobre y el lápiz de memoria.

—Todo esto lo conseguí gracias a mi investigación —dijo, cumpliendo su palabra—. No me preguntes cómo. Solo míralo.

Vila no preguntó.
No necesitaba saberlo.
Lo que importaba era el contenido.

Primero leyó la nota manuscrita de Paula River.
Luego revisó las imágenes del vídeo en el portátil, sin sonido, sin necesidad de más detalles.
Su expresión se endureció a cada segundo.

Cuando terminó, cerró el ordenador con un golpe seco.

—Con esto hay suficiente —dijo—. Trata de personas. Privación ilegítima de la libertad. Encubrimiento. Y presunto homicidio. Podemos detener a David Vilchez.

Ledesma exhaló, aliviado.

—¿Y la noticia?

Vila lo miró con seriedad.

—Cuando lo detengamos, será tuya. Exclusiva. Te lo prometo.

El periodista asintió.
Había cumplido su parte.
Ahora era el turno de la justicia.

Vila tomó el teléfono y marcó el número directo de Pedro Durán.

—Durán, soy Vila. Tenemos pruebas contundentes.
Vilchez está implicado en trata de personas y en el encubrimiento de la muerte de Paula River.

Pedro guardó silencio unos segundos.

—Entonces el secuestro de Telma…

—Todo apunta a que fue obra de la misma mafia —confirmó Vila—. Ferrero no actuó solo. Falta saber quién era la otra persona que estaba con él.

—Aquí también lo creemos —respondió Pedro—. Estamos conectando piezas.

—Bien —dijo Vila—. Les mantendré informados.

Colgó.

Minutos después, Vila reunió a su equipo.

—Vamos a la clínica. Ahora.

Las camionetas de la PFA llegaron al edificio con discreción, pero con determinación.
Los pacientes y empleados se quedaron paralizados al ver a los agentes entrar.

En su despacho, David Vilchez levantó la vista del ordenador cuando escuchó pasos apresurados.

—¿Qué pasa? —preguntó, intentando sonar tranquilo.

Vila entró primero.

—David Vilchez —dijo con voz firme—, queda detenido por trata de personas, privación ilegítima de la libertad y presunto encubrimiento del homicidio de Paula River.

Vilchez se quedó helado.
Intentó hablar, pero no encontró palabras.

Los agentes lo esposaron.

Mientras lo sacaban del despacho, Vila lo observó con una mezcla de satisfacción y gravedad.

—Se terminó, doctor —dijo en voz baja—. Ya no puede esconderse más.

Vilchez bajó la cabeza.

La clínica entera quedó en silencio.

40

La camioneta de la PFA avanzó por el camino de tierra levantando una nube de polvo.
Era un caserón aislado rodeado de árboles.
La dirección coincidía exactamente con la que Paula había dejado en su nota.

Carlos Vila bajó del vehículo con su equipo.
El aire olía a humedad y encierro.

—Entramos —ordenó.

Los pocos vigilantes que custodiaban el lugar apenas tuvieron tiempo de reaccionar.
Fueron reducidos sin dificultad.
No opusieron resistencia: parecían más asustados que peligrosos.

Cuando los agentes abrieron la puerta principal del edificio, un silencio denso los recibió.

Y luego, voces.

Susurros.

Respiraciones contenidas.

En una sala amplia, con camas alineadas y ventanas enrejadas, encontraron a unas treinta mujeres embarazadas.
Algunas lloraban.
Otras se tapaban el rostro.
Otras simplemente miraban a los agentes como si no creyeran lo que estaban viendo.

Vila se acercó a una de ellas, una chica joven de rostro cansado.

—Tranquila —dijo con suavidad—. Somos de la PFA. Están a salvo.

La chica rompió a llorar.

En una sala improvisada, Vila tomó declaración a la joven.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó él.

Ella respiró hondo.

—Nos captaron para… para trabajar en prostitución —dijo, sin levantar la vista—. Pero después de un examen médico, eligieron a algunas para… para esto.

—¿Para gestación subrogada?

La chica asintió.

—Sí.
Y… mire, teniendo en cuenta a lo que nos iban a destinar… esto no estaba tan mal.
Aquí nos tratan bien.
Nos dan buena comida.
Nos controlan el embarazo.
No es libertad, pero… es mejor que lo otro.

Vila apretó los labios.
No era la primera vez que escuchaba algo así.

La perversidad del sistema era que algunas víctimas llegaban a sentir alivio dentro del cautiverio.

—¿Quién dirige esto? —preguntó.

—No lo sé. Nunca lo vemos. Solo vienen médicos y vigilantes.
Pero todos hablan de "el doctor".
El que decide todo.

Vila no necesitaba más explicaciones.

En comisaría, David Vilchez estaba sentado en la sala de interrogatorios, esposado, con el rostro pálido.
Había intentado mantener la compostura, pero la redada lo había desarmado por completo.

Carlos Vila entró con una carpeta llena de pruebas.

La dejó sobre la mesa.

—Doctor Vilchez —dijo con calma—. Ya hemos visto la maternidad oculta.
Treinta mujeres embarazadas.
Vigilantes.
Registros médicos.
Y su nombre aparece en todas partes.

Vilchez tragó saliva.

Vila abrió la carpeta y le mostró fotografías, informes, capturas del vídeo entregado por Ledesma.

—¿Cómo conoció a los traficantes de personas?

Vilchez respiró hondo, derrotado.

—Fueron ellos los que se pusieron en contacto conmigo… —admitió —.
Y también fueron ellos los que asesinaron a Paula.

Vila lo observó con frialdad.

—¿Conocía usted a Alejandro Ferrero?

—No —respondió Vilchez, casi con alivio por poder negar algo—.
Mi contacto era Héctor Maldonado, el dueño del club… o mejor dicho, del prostíbulo.

Vila tomó nota.

—¿Organizó usted, junto con la mafia, el secuestro de Telma?

Vilchez levantó la cabeza, indignado.

—¡No! Eso no. Yo no tuve nada que ver con eso.
Yo… yo no sabía nada de Barcelona.

Vila lo miró fijamente, sin pestañear.

—Lo sabremos.
Pero por ahora, queda detenido y será puesto a disposición judicial por todos los cargos que pesan sobre usted.

Se levantó.

—Trata de personas.
Privación ilegítima de la libertad.
Encubrimiento.
Y presunta participación en homicidio.

Vilchez cerró los ojos, derrotado.

Vila salió de la sala sin mirar atrás.

Sabía que el caso estaba lejos de terminar.

Pero por primera vez, **t**enían al hombre correcto entre rejas.

Y el resto de la red empezaba a temblar.

41

La tarde caía sobre Barcelona cuando Pedro y Silvia regresaban a comisaría para revisar informes pendientes. No habían pasado ni diez minutos cuando un agente se acercó con gesto urgente.

—Inspector Durán… hay una llamada internacional para usted. Dice que es importante.

Pedro frunció el ceño.

—¿De dónde?

—México.

Se miró con Silvia.
Algo no encajaba, pero contestó.

—Durán al habla.

Hubo un silencio breve, cargado de respiración contenida.

Luego, una voz femenina, temblorosa pero decidida:

—Soy Sofía River. La que estuvo cuidando a Telma durante el secuestro.

Pedro se quedó inmóvil.
Silvia abrió los ojos, sorprendida.

—¿Dónde está? —preguntó Pedro.

—En México. Y quiero confesar. Pero será mejor que lo haga por escrito.
Deme su correo electrónico, y le enviaré mi declaración.

Pedro tardó un par de segundos en reaccionar.
La voz de Sofía sonaba real, agotada, rota… pero firme.

Le dio el correo.

Colgó.

Tres minutos después, el mensaje llegó.

Pedro lo abrió.
Silvia se acercó a su lado.

El correo decía:

"Como ya le he dicho, soy la hermana de Paula River, la que asesinaron en su clínica de Argentina.
Yo maté a Alejandro Ferrero, pero fue en defensa propia. Él iba a matarme a mí.

Quien ideó todo el plan fue Carol Souza, junto con ese malnacido.
Yo acepté participar para vengarme de lo que le hicieron a mi hermana.
Ahora sé que fue un error, pero ya no hay vuelta atrás.

Carol era amante de Alejandro.
Planificaron el secuestro para sacarle dinero a Claudia y a Sandro.
Pero cuando Alex mató a Claudia, todo se torció.

Estaba previsto que Carol viajara a Barcelona para que ella y Alex pudieran fugarse con el dinero.
Alex pertenecía a la mafia argentina de la trata, y no tenía escrúpulos.
Carol tampoco… creo que es una psicópata.

Ahora me arrepiento de todo lo que hice, pero no pienso pagar por haberme defendido de Alex.
Lo que me salvó fue que antes de eliminarme, quiso abusar de mí.

Estoy en México, y aquí no hay extradición con España.
Si lo necesita, puedo enviarle esta declaración de forma jurada a través de un abogado.

Detengan a esa mujer. Es peligrosa.”

Pedro y Silvia se quedaron en silencio.
Incrédulos.
Atónitos.

Nunca, ni en sus peores hipótesis, habían imaginado que Carol fuera el cerebro de todo.

Pedro cerró el portátil de golpe.

—¿A qué estamos esperando?

Silvia asintió.

—Vamos.

Media hora después, Pedro, Silvia y dos agentes uniformados estaban frente a la puerta de la casa de Sandro.

Pedro llamó al timbre.

Pasaron unos segundos.

La puerta se abrió.

Carol apareció en el umbral, con ropa cómoda, el pelo recogido y una expresión tranquila.
Demasiado tranquila.

Ni sorpresa.
Ni nervios.
Ni rastro de miedo.

Solo una mirada fría, calculadora.

Pedro no se anduvo con rodeos.

—Carol Souza, queda usted detenida.

Silvia avanzó para colocarle las esposas.

En ese momento, Sandro apareció desde el pasillo, con Telma en brazos.

—¿Qué… qué está pasando?

Se quedó paralizado al ver cómo esposaban a Carol.

Ella lo miró un instante.
Una mirada breve, insondable, sin rastro de emoción.

—Carol… —dijo él, intentando acercarse.

Pero Pedro lo detuvo con un gesto.

—Lo siento. Tenemos pruebas contundentes.

Carol no dijo nada.
No protestó.
No lloró.
No pidió explicaciones.

Simplemente dejó que la sacaran de la casa.

Sandro se quedó en el umbral, inmóvil, con la niña en brazos y el mundo derrumbándose a su alrededor.

No podía reaccionar.
No podía entender.

Solo podía mirar cómo la mujer que había entrado en su vida como un apoyo…
salía ahora como la pieza clave de una pesadilla.

42

La sala de interrogatorios estaba en silencio.
Fría.
Aséptica.
Carol Souza esperaba sentada, con las manos entrelazadas sobre la mesa metálica.
Su expresión era la misma desde que la detuvieron: distante, imperturbable, casi clínica.

La puerta se abrió.

Pedro y Silvia entraron.

Carol levantó la vista, sin mostrar emoción alguna.

Pedro tomó asiento frente a ella.

—Carol Souza —empezó con voz firme—, tenemos pruebas suficientes para acusarla de varios delitos graves.
Participación en organización criminal.
Encubrimiento.
Colaboración con redes de trata.

Carol parpadeó una sola vez.

—Lo niego todo —dijo con calma—. Y quiero un abogado.

Silvia apretó los labios.
Pedro asintió.

—Muy bien. Tendrá uno.

Salieron de la sala.

Mientras el abogado hablaba con Carol, un agente se acercó a Pedro y Silvia.

—Inspector… llamada de Argentina. Es el comisario Vila.

Pedro tomó el teléfono.

—Carlos, dime.

La voz de Vila sonaba tensa, pero satisfecha.

—Hemos detenido a Héctor Maldonado, el dueño del prostíbulo.
Y nos ha contado algo importante: Carol Souza fue quien le ordenó que le propusiera a David Vilchez utilizar chicas de la trata como madres subrogadas.

Silvia abrió los ojos, incrédula.

Pedro respiró hondo.

—Aquí ya la tenemos detenida.
Y sí… todo empieza a encajar.

—Sigan apretando —dijo Vila—. Esa mujer sabe mucho más de lo que dice.

Colgaron.

El abogado asomó la cabeza por la puerta.

—Pueden pasar.

Pedro y Silvia entraron de nuevo en la sala.

Carol estaba igual que antes:
recta, fría, inexpresiva.

El abogado se colocó a su lado.

Pedro retomó el interrogatorio.

—Señora Souza, sabe que podemos acusarla de planificar parte del secuestro, de colaborar con una red de trata y de encubrir delitos graves.

Carol no se inmutó.

—No pueden acusarme de raptar a Telma —dijo con voz suave—.
Ni de matar a Alejandro Ferrero.
Ni de matar a Paula River.

Silvia la observó con atención.

—Veremos qué dice el juez.

Carol sonrió apenas.
Una sonrisa mínima, casi imperceptible.

El interrogatorio estaba a punto de terminar cuando Carol, de pronto, habló con un tono distinto.
Más bajo.
Más calculado.

—Hay algo que ustedes no saben.

Pedro levantó la vista.

—¿Qué cosa?

Carol entrelazó las manos, como si estuviera a punto de dar una clase.

—Telma es hija mía y de Sandro.

Silvia se quedó helada.

Pedro frunció el ceño.

Carol continuó, implacable:

—Me quedé embarazada y se lo ocultamos a Claudia.
Luego Sandro le dijo que había utilizado a una de las madres que se ofrecían en la clínica para gestar a su hijo.
Cuando Claudia pidió conocerla, Sandro se negó, alegando la cláusula de anonimato.

Silvia sintió un vuelco en el estómago.

—Para probar lo que digo —añadió Carol— pueden hacer una prueba de ADN.

El abogado intervino enseguida:

—Eso le confiere a mi clienta derechos como madre de Telma.

Pedro apoyó las manos en la mesa.

—Ya veremos lo que pasa en el juicio.

Carol lo miró fijamente.
Sin miedo.
Sin culpa.
Sin arrepentimiento.

Solo con una certeza fría:

acababa de cambiar las reglas del juego.

43

Silvia abrió la puerta de casa pasadas las diez de la noche.
El cansancio le pesaba en los hombros, en las piernas, en la mirada. Había sido un día interminable: la detención de Carol, la declaración desde México, la presión mediática que ya empezaba a asomar.

Pero al entrar, algo la detuvo.

La luz estaba tenue.
El aroma a comida recién hecha flotaba en el aire.
Y sobre la mesa del comedor, dos velas encendidas iluminaban la estancia con una calidez inesperada.

Ana apareció desde la cocina, con un delantal y una sonrisa tímida.

—Hola, amor.

Silvia dejó las llaves en la entrada y se quedó mirándola, sorprendida.

—¿Qué es todo esto?

Ana se acercó despacio, como si temiera que Silvia pudiera romperse.

—Una cena.
Y… una disculpa.

Silvia frunció el ceño, agotada pero atenta.

Ana respiró hondo.

—Sé que he estado insoportable estos días.
Presionándote con lo de la maternidad, con mis miedos, con mis tiempos.
Y tú estabas lidiando con un caso horrible, con cosas que yo ni siquiera alcanzo a imaginar.

Silvia bajó la mirada.
Ana le tomó las manos.

—No quiero que eso nos separe.
No quiero que mi deseo de ser madre se convierta en una carga para ti.
Lo más importante somos nosotras.
Lo demás… ya lo hablaremos cuando toque.
Sin prisas.
Sin exigencias.

Silvia sintió un nudo en la garganta.
Había pasado todo el día enfrentándose a mentiras, traiciones, secretos, violencia.
Y ahora, de golpe, tenía delante algo tan simple y tan difícil como una disculpa sincera.

—Ana… —susurró.

—No tienes que decir nada —respondió ella—. Solo… si quieres, cenamos. Y hablamos. O no hablamos.
Lo que necesites.

Silvia la abrazó.
Un abrazo largo, necesario, que la desarmó por completo.

—Gracias —dijo finalmente—. Hoy… necesitaba esto más de lo que pensaba.

Ana sonrió contra su hombro.

—Lo sé.

Se sentaron a la mesa.
La comida estaba caliente.
Las velas seguían encendidas.
Y por primera vez en días, Silvia sintió que el mundo dejaba de girar tan rápido.

Solo por un momento.

44

DOS MESES DESPUÉS

La sala de visitas estaba fría, iluminada por tubos fluorescentes que parpadeaban de vez en cuando.
Carol Souza entró escoltada por una funcionaria.
Su expresión seguía siendo la misma desde el día de su detención: **s**erena, calculadora, impenetrable.

Su abogado ya la esperaba, con una carpeta gruesa y gesto preocupado.

—Carol —dijo en cuanto se sentó—, tenemos que hablar de tu situación procesal.

Ella cruzó las manos sobre la mesa.

—Antes de eso, quiero que sepas algo.
Estoy embarazada. De Sandro.

El abogado parpadeó, sorprendido.

—¿Estás segura?

—Completamente. Y no pienso renunciar a mis derechos como madre.

Telma está con él ahora, pero eso puede cambiar.

El abogado tomó nota, intentando mantener la compostura.

—Esto complica el caso, pero también te da margen legal. Lo plantearemos en el juzgado.

Carol asintió, satisfecha.

—Haz lo que tengas que hacer.

La visita terminó.
La funcionaria la acompañó de vuelta al módulo.

Esa noche, el silencio del penal era más denso de lo habitual.
Las luces ya estaban apagadas cuando Carol se incorporó en su litera.

Su compañera de celda, Rocío, fumaba un cigarrillo clandestino junto a la ventana enrejada.

—¿Qué te dijo el abogado? —preguntó con voz ronca.

Carol se acomodó, como si estuviera en un hotel y no en una prisión.

—Lo suficiente.

Rocío soltó una carcajada seca.

—Eres rara, ¿sabes? A cualquiera le temblarían las piernas. A ti no se te mueve ni un pelo.

Carol la observó un instante, midiendo cada palabra.

—Necesito que hagas algo por mí.

Rocío entrecerró los ojos.

—¿Qué cosa?

Carol bajó la voz.

—Me dijiste que tienes un amigo… de los que "arreglan problemas".

Rocío se tensó.

—Depende de qué problema hablemos.

Carol no dudó.

—Dile que le ofrezco treinta mil euros y dos vis a vis conmigo si elimina al padre de mis hijos.

Rocío abrió los ojos, sorprendida.

—¿A Sandro? ¿Estás loca?

—No. Estoy protegiendo lo que es mío.
Si él desaparece, la custodia será para mí.
Y yo administraré su dinero.
Rocío la miró largo rato, como si intentara descifrar si hablaba en serio.

—Ya se lo diré… pero esto es peligroso, ¿eh? Muy peligroso.

Carol sonrió apenas, una sonrisa helada.

—No te preocupes.
Cuando todo salga bien, tú también vas a recibir lo que te corresponde.

Rocío apagó el cigarrillo contra la pared.

—Más te vale cumplir.

Carol se recostó en la litera, tranquila, como si acabara de cerrar un trato comercial.

—Siempre cumplo —susurró.

En la oscuridad de la celda, sus ojos seguían abiertos.

Calculando.

Esperando.

Convencida de que, incluso desde una prisión, aún podía mover los hilos.

Cuando Rocío se acostó, lo hizo en la litera de Carol.

—Si te portas bien, mañana hablaré con mi amigo.

Carol correspondió besándola.

45

DOS MESES Y MEDIO DESPUÉS

La tarde caía sobre el patio de la prisión, teñida de un sol anaranjado que atravesaba los barrotes.
Las internas regresaban a sus módulos después de la hora de la comida.
El ambiente estaba cargado de voces, pasos y el eco metálico de puertas que se cerraban.

En el pasillo del módulo femenino, Carol Souza caminaba con su habitual calma glacial.
A su lado, su compañera de celda, Rocío, parecía más inquieta que de costumbre.

Cuando entraron en la celda, Carol cerró la puerta con un gesto lento, casi ceremonioso.

—¿Tu amigo no ha dicho nada todavía? —preguntó Carol sin rodeos.

Rocío evitó su mirada.

—Debe estar viendo cómo hacerlo. Estas cosas no se hacen de un día para otro.

Carol frunció el ceño.

—Quince días, Rocío. Quince.
No me gustan las demoras.
Vuelve a hablar con él. Hoy mismo.

Rocío asintió, pero su gesto era tenso, casi doloroso.

—Sí… sí, hablaré con él.

Carol la observó un instante, como si pudiera leerle la mente.
Luego se tumbó en la litera superior, cerrando los ojos.

Rocío se quedó de pie, inmóvil, con el corazón acelerado.

Cuando Carol empezó a dormitar, Rocío salió de la celda con la excusa de pedir material de limpieza.
Caminó por el pasillo con pasos rápidos, mirando hacia atrás cada pocos segundos.

No podía seguir así.

Le faltaban pocas semanas para salir en libertad condicional.
Había cumplido su condena sin meterse en líos.
Y ahora Carol quería arrastrarla a un plan que podía costarle la libertad… o la vida.

—No, no… yo no me meto en esto —murmuró para sí misma.

En vez de dirigirse al almacén, tomó el pasillo que llevaba a la zona administrativa.

Se presentó ante la puerta del despacho del director.

La funcionaria que protegía la entrada la miró con desconfianza.

—¿Qué quieres?

—Hablar con el director. Es urgente. Y… es sobre otra interna.

La funcionaria la evaluó unos segundos y finalmente la dejó pasar.

El director, un hombre de rostro severo y gafas rectangulares, levantó la vista cuando Rocío entró.

—¿Qué ocurre?

Rocío respiró hondo.
Sus manos temblaban.

—Vengo a contarle algo… pero necesito que quede claro que yo no tengo nada que ver. Nada.
Solo quiero salir de aquí tranquila.

El director asintió, invitándola a continuar.

—Hable.

Rocío tragó saliva.

—Mi compañera de celda… Carol Souza… está intentando contratar a alguien para que mate al padre de sus hijos.
Me pidió que contactara a un tipo que conozco.
Pero yo no quiero líos.
No quiero que me arrastre.
No quiero perder mi libertad por culpa de ella.

El director se quedó inmóvil unos segundos.

—¿Está segura de lo que dice?

—Segurísima.
Ella lo dijo tal cual.
Treinta mil euros.
Y… favores sexuales.
Pero yo no pienso meterme en eso.

Solo quiero que conste que se lo estoy diciendo ahora, antes de que pase algo.

El director tomó nota con gesto grave.

—Ha hecho lo correcto.
A partir de ahora, déjenoslo a nosotros.

Rocío sintió un alivio inmediato, casi físico.

—¿Me van a proteger?

—Sí.
Y desde hoy mismo, tendrá otra celda.

Rocío cerró los ojos, agradecida.

Carol despertó un rato después, al notar el silencio extraño del módulo.

Miró hacia la litera inferior.

Vacía.

—¿Rocío? —susurró.

No obtuvo respuesta.

Y por primera vez desde que había entrado en prisión, una sombra de inquietud cruzó su mirada.

Algo había cambiado.

Y no para bien.

EPÍLOGO

Habían pasado meses desde que todo estalló.

En la cárcel de Brians, Carol Souza había dado a luz a un niño.
Un varón.
Un bebé tranquilo, de ojos oscuros, que dormía la mayor parte del día en la cuna metálica asignada a las internas con hijos lactantes.
De momento, estaba con ella.
La ley lo permitía durante un tiempo limitado.

Carol lo sostenía con una calma inquietante, como si nada de lo ocurrido la hubiera tocado.
Como si la maternidad, incluso en prisión, fuera parte de un plan más grande que solo ella conocía.

En Barcelona, Sandro intentaba recomponer su vida.
Había contratado a una cuidadora para Telma, una mujer paciente y cariñosa que se encargaba de la niña mientras él trabajaba.

Ya no tenía clínica.
Ya no tenía socios.
Ya no tenía nada que ver con la gestación subrogada.

La clínica de Argentina había cerrado, y su socio, David Vilchez, esperaba juicio en una cárcel de Buenos Aires.

Rita se había divorciado, y no quería saber nada de él.

El pasado se había derrumbado como un edificio mal construido.

Esa tarde, mientras Telma dormía bajo la vigilancia de la cuidadora, Sandro se quedó solo en el salón.
La casa estaba en silencio, demasiado grande para él.

Se sirvió un whisky.
Lo sostuvo entre las manos un largo rato antes de beberlo.

Miró alrededor:
las fotos, los juguetes, los restos de una vida que había imaginado de otra manera.

Y entonces, sin que nadie lo oyera, pensó:

"Todo esto ha sido culpa mía."

No lo dijo con rabia.
Ni con autodesprecio.
Lo dijo con la resignación de quien por fin entiende que las decisiones, incluso las pequeñas, pueden abrir puertas que nunca debieron abrirse.

Bebió un sorbo.

Telma respiraba tranquila en la habitación contigua.

Y por primera vez en mucho tiempo, Sandro aceptó que reconstruir su vida no sería cuestión de semanas ni de meses.

Sería cuestión de aprender a vivir con las ruinas.

Y, aun así, seguir adelante.